

The Library
of the
University of North Carolina



Endowed by The Dialectic

PQ 6217
.T44

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL



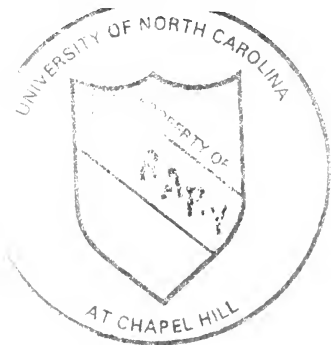
ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ6217
.T44
vol. 18
no. 1-17

1972



a 00002 33999 0



FIVE

t on

Malvaloca



MALVALOCA

Esta obra es propiedad de sus autores.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Copyright, 1912, by S. y J. Álvarez Quintero.

SERAFÍN y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

MALVALOCA

DRAMA EN TRES ACTOS

INSPIRADO EN UNA COPLA ANDALUZA

Estrenado en el TEATRO DE LA PRINCESA el 6 de Abril
de 1912



MADRID
IMPRESA DE REGINO VELASCO

1912

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

| | |
|-----------------------|---------------------------|
| MALVALOCA | María Guerrero. |
| JUANELA..... | Conchita Ruiz. |
| MARIQUITA | Josefina Blanco. |
| HERMANA PIEDAD..... | Carmen Jiménez. |
| TERESONA | María Cancio. |
| ALFONSA..... | María Valentín. |
| DOÑA ENRIQUETA..... | Elena Salvador. |
| DIONISIA | Aurora Le-Bret. |
| HERMANA CONSUELO..... | Luisa García. |
| HERMANA DOLORES..... | Consuelo León. |
| HERMANA CARMEN..... | Enriqueta Liquiñano. |
| LEONARDO..... | Fernando Díaz de Mendoza. |
| SALVADOR..... | Emilio Thuillier. |
| MARTÍN EL CIEGO..... | Emilio Mesejo. |
| BARRABÁS..... | Felipe Carsí. |
| EL TÍO JEROMO | Manuel Díaz. |
| LOBITO..... | Fernando Montenegro. |
| UN OPERARIO..... | Salvador Covisa. |



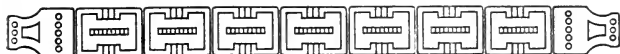
Á Don Marcelino Menéndez
y Pelayo



*Meresía esta serrana
que la fundieran de nuevo
como funden las campanas.*

COPLA POPULAR.





ACTO PRIMERO

En Las Canteras, pueblo andaluz, hay un convento de fecha remota, conocido por el Convento del Carmen. Al pasar á mejor vida, de puro vieja ya, la última de las madres allí consagradas al amor divino, vinieron á heredar el vetusto recinto las Hermanitas del Amor de Dios; congregación semejante á la de las Hermanas de los Pobres.

Hay en el convento, al comenzar la acción de esta obra, hasta seis ancianos recogidos, de quienes cuidan las hermanas con solicitud y bondad extremas.

Este primer acto pasa en uno de los corredores ó galerías del claustro, por cuyos altos arcos se ve al fondo toda la extensión de lo que fué jardín, hoy convertido casi completamente en huerta, ya que más que flores da frutos. Cierra el corredor por la derecha del actor un muro, donde hay una gran puerta, denominada de la Cruz, porque sobre ella, en el muro, está incrustada una de palo. En el propio muro, á la altura de la mano, y encima de una repisa tosca, se ve una imagen de San Antonio pequeñita, ante la cual hay un bote lleno de garbanzos. Uno de los arcos centrales da paso al jardín. En el corredor hay dos ó tres sillas y algún banco.

Es por la mañana en un día de sol del mes de Abril.

BARRABÁS, viejecillo asilado, de buen humor y malas pulgas, que hace en el convento de jardinero y de hortelano, trajina en sus dominios. Al fondo, allá lejos, á la sombra de un arbolillo, la HERMANA CARMEN, abstraída y silenciosa, cose sin dar paz á la mano.

Alguna vez las escenas que pasan á su alrededor la distraen un momento de su tarea; pero en seguida vuelve á fijar la vista y la atención en lo que está haciendo.

Por la izquierda del jardín salen la HERMANA DOLORES y la HERMANA CONSUELO, con sendos bolsos de pedir limosna. Pasan al corredor por el arco central y desaparecen por la puerta de la Cruz.

Barrabás dice en su picaresco monólogo:

Barrabás. Dos en dos,
por la sombra y no por er só:
Hermanitas del amor de Dios.

¡Je! ¡Versos míos!

Pedimos pa los pobres;
démos usté lo que sobre,
y si pué sé plata mejó que cobre.

¡Je!

Por la puerta de la Cruz sale MARTÍN EL CIEGO, que para ayudarse á caminar lleva un palo en la mano. Es más viejo y está más destruído que Barrabás. Marcha callado á lo largo del corredor. Barrabás que lo ve lo detiene hablandole.

¡Se dise güenos días!

Martín. Güenos días. No sabía que estaba usté ahí, señó Barrabás.

Barrabás. De más lo sabía usté, señó Martín.

Martín. Como usté quiera.

Barrabás. Porque usté no ve, pero güele.

Martín. Como usté quiera. Güenos días.

Barrabás. ¿Se va usté á tomá er só?

Martín. Con permiso de la hermana Piedá.

Barrabás. No hay como andá siempre bailando el agua pa conseguí favores. Pero ese no es mi genio.

Martín. Ni er mío tampoco. Ni quieo discusiones con usté. Y hase usté malamente en criticá las cosas de esta casa, donde está usté recogío por caridá, lo mismo que yo.

Barrabás. Hay arguna diferencia, compadre. Yo no soy ningún trasto inuti como usté: yo soy aquí un

hombre que trabaja en la güerta y en er jardín. Y gano er pan que como. ¡Y er que se come usté también!

Martín. Á usté no le debo yo na. Yo también trabajo.

Barrabás. ¡Usté me dirá lo que hase! Va pa dos años que no sube á la torre...

Martín. Hago lo que las hermanas me mandan.

Barrabás. Sólo que como no le mandan á usté na, se da usté la vía de un canónigo.

Martín. Le digo á usté que no quieo discusiones. Quéese usté con Dios.

Barrabás. ¿Qué le ha paresío á usté hase poco er repique que ha dao la *Golondrina*? ¡Vaya una campana, compadre!

Martín. To se le güerve á usté veneno en er cuerpo, señó Barrabás.

Barrabás. Por eso me conviene sortarlo.

Martín. Yendo un poco hacia él con sincera y honda emoción.. La *Golondrina* de esta santa casa es una campana que ar presente está rota y no suena como sonaba porque Dios lo ha querío; pero cuando la vorteaban estas manos, la *Golondrina* sonaba como no han sonao campanas en er mundo desde que hay cruses en los campanarios. Y usté lo sabe tan bien como yo, sino que se gosa en oirme.

Barrabás. ¿Ni la *Sonora* de la Iglesia Mayó ha tenío tampoco mejores voses?

Martín. ¡Ya está con la *Sonora*! ¡La manía de tos los de aquer barrio! ¡Compará á la *Sonora* con la *Golondrina* der Carmen! Es mesté sé sordo pa eso.

Barrabás. ¿Ahora también, señó Martín?

Martín. De ahora no se trata. Si está rota desde hase ya tres años cumplíos, ¿cómo quié usté que suene? ¡Que se alegren, que se alegren los de la *Sonora*, que bastante tiempo han vivío con la pesaiya de la *Golondrina*!

Barrabás. Pa mí que lo que ha pasao ha sío que er Padre Eterno, paseándose por las nubes una tarde...

Martín. Deje usted en paz las cosas santas, señó.

Barrabás. Lo oyó á usted tocá la campana. ¡Tin... tan!... ¡Tin... tan!... Y se conose que pa sus barbas fué y se dijo: «Hombre, hombre, esa campana suena demasiao bien pa está en Las Canteras, que ar fin y ar cabo no es más que un pueblo.» Y á un angelito que andaba de viaje por Andalucía le mandó que la cascara de un martiyaso. ¡Je! ¿No le paese á usted? ¡Envidia que tuvo Dios en er sielo!

Martín. ¡La envidia er que la tiene es usted en la tierra, peaso e poyino, sayón, hereje! Á la Superiora vi á desirle que le prohiban á usted hablá conmigo. Na más que eso.

En esto aparece por la puerta la HERMANA PIEDAD y corta la disputa. Esta hermana es joven y bella, humilde y suave. Su habla es ingenua y reposada. No es andaluza.

H. Piedad. ¿Ya estamos como de costumbre? Temprano empieza el día.

Martín. Este hombre que no hase más que buscar-me las purgas.

Barrabás. ¿Yo? ¡No tendría mar trabajo!

H. Piedad. Pero, usted también, Martín, ¿por qué no sigue su camino?

Martín. ¡Porque no me deja!

H. Piedad. ¿Le pone á usted redes, como á los pájaros?

Martín. Me dise unas cosas que no hay manera de seguí adelante sin responderle.

H. Piedad. Á palabras necias...

Barrabás. ¿Eso de nesias va conmigo?

H. Piedad. Precisamente.

Barrabás. Pos lo que toca hoy no he hecho más que darle los güenos días. Más vale caé en grasia que sé grasioso.

H. Piedad. Aquí no hay preferencias para nadie, Barrabás. Ni nos curamos de las gracias. Los bufones ya no los paga el rey. De memoria me sé sus mañas, y de memoria también cuál era la disputa. ¡Todos días la misma!

Martín. ¡La misma tos los días, hermana Piedad! Dígaselo usted á la Superiora.

H. Piedad. Pues quién sabe si Dios va á castigarlo á usted—á usted, Barrabás, á usted le hablo—y le va á mandar una rabieta. Como el milagro que yo espero llegue á obrarse...

Barrabás. ¡Los milagros no son de estos tiempos!

H. Piedad. ¡Silencio, Barrabás! ¿Cómo se entiende? Ande, ande á su trabajo. Y usted, Martín, á su camino.

Martín. Dios la guarde.

Barrabás se interna hacia la derecha del jardín sin replicar palabra. Martín desaparece por el corredor.

Viene LEONARDO por la izquierda del jardín. Es hombre como de treinta años y de apariencia modesta y sencilla. Su fisonomía es adusta, y curiosa y penetrante su mirada. Trae el sombrero en la mano, dejando al descubierto la cabeza, poblada de fuerte y abundante cabello. Tiene toda su persona un aire de energía varonil que la hace simpática. La hermana Piedad lo ve venir y lo espera sonriéndole con dulzura.

H. Piedad. Santos y buenos días, caballero.

Leonardo. Buenos días, hermana.

H. Piedad. ¿Á ver á su amigo, verdad?

Leonardo. Á acompañarlo un rato. Ahora no tengo cosa mayor que hacer allá.

H. Piedad. Aquí estaba hace media hora. Andará por ahí de conversación con los ancianos. Tiene tan buen ángel... Y le gusta mucho charlar con ellos.

Leonardo. Con ellos y con todo el mundo. Le da palique al primero que pasa. No sabe callar. Eso sí: su conversación tiene miel. Y de usted y de toda esta casa empieza á hablar y no concluye.

H. Piedad. Bromeando. ¿Ah, sí? Pues le advierto á usted que somos muy interesadas. Es posible que pidamos algo por cuenta de esa gratitud.

Leonardo. Lo que yo pueda dar... Y de él no se diga.

H. Piedad. Hablaremos los tres. Voy por allá dentro á buscarlo. Tal vez esté con don Jacinto.

Leonardo. ¿El cura?

H. Piedad. No, señor: un asilado que tambien se llama don Jacinto. ¿No se ha fijado usted en un viejecito muy pulcro, casi siempre solo...?

Leonardo. Ya sé, ya sé quién dice.

H. Piedad. Pertenece á una gran familia sevillana que ha venido á morir aquí. Finales de vida que nadie puede adivinar... Á todos, es claro, los tratamos con bondad y cariño. Para con él hay que añadir la cortesía. Todo le humilla y lo desconsuela. En su amigo de usted ha encontrado un buen camarada.

Leonardo. Es doloroso el caso. ¿Se da con frecuencia?

H. Piedad. En asilos más numerosos que éste, sí, señor. Aquí casi todos son de familias pobres. Algunas tanto, que hay asilado que guarda algo de lo que se habría de comer, para regalárselo luego á los parientes que vienen á visitarlo.

Leonardo. Es interesante.

H. Piedad. Avisaré á su amigo.

Leonardo. Deje usted, hermana; iré yo.

H. Piedad. ¡No faltaría otra cosa! Siéntese usted, que en seguida viene. Se va por el jardín, hacia la derecha.

Leonardo pasea un momento en silencio, y de pronto se fija en la repisa de San Antonio. Barrabás, que ha vuelto á aparecer, acecha el instante de pegar la hebra con el recién llegado.

Leonardo. ¡Qué niñería! ¡Hoy tiene garbanzos el santo! Y anteayer aceite ó vinagre. Yo no entiendo esto.

Barrabás. ¿Está usted reparando er bote de San Antonio?

Leonardo. ¿Eh? Sí, señor.

Barrabás. ¿No sabe usted lo que significa?

Leonardo. No, señor. Y desde que frecuento esta casa me llama la atención un poco; pero no gusto de preguntar.

Barrabás. Pos yo se lo vi á explicá á usted sin que me lo pregunte. ¡Je!

Leonardo. Bueno.

Barrabás. Como esta casa se sostiene de la caridá, en cuanto la hermana dispensera ve que hase farta alguna cosa, pone un puñaito de lo que hase farta en er bote de San Antonio. Yega una persona caritativa, derrama la vista pa er santo, repara en los garbansos ó en lo que sea, y ya sabe de lo que tiene que mandá. Y manda una boteya ó un saquito. Y las hermanas disen luego que San Antonio es er que lo manda.

Leonardo. Ya.

Barrabás. Y San Antonio está tan ajeno á los garbansos ó al aseite como usted y como yo.

Leonardo. ¡Es claro!

Barrabás. Así son los milagros der día. Si yo le contara á usted más e cuatro cosas...

Leonardo. No, no quiero saber más.

Barrabás. Es que en este asilo...

Leonardo. Bien está, bien está, señor.

Barrabás. Usted disimule. Leonardo se sienta á fumar. Barrabás vuelve á acercársele sonriente. ¿Y un sigarrito, me da usted, cabayero?

Leonardo. Con muy buen agrado. Sí, hombre: eso sí. Tome usted un par de ellos, si quiere.

Barrabás. Sí quiero. Y mu agradesío. Er tabaquiyo es lo único que le quea á uno de otros tiempos. Y es lo único también que nunca manda San Antonio. Se conoce que er santo no fuma. Tenemos que contentarnos

con los pitiyos anémicos que nos hasen las madres. Leonardo sonríe. La primera vez en mi vía que lo veo á usted risueño. ¿Está usted malo del estómago, por casualidad?

Leonardo. No, señor.

Barrabás. Son dos carácteres mu distintos usted y don Sarvadó.

Leonardo. Bien está, bien está.

Barrabás. Usted disimule. Vuélvese al jardín reliando el cigarrillo que va á fumarse. Á poco exclama, echando la mirada hacia la izquierda. ¿Quién es aqueya paloma que viene aquí? ¡Cosa más rara en esta casa!...

Llega MALVALOCA. Se detiene un punto en medio del jardín, mirando á todos lados, como quien duda adonde dirigirse, y al ver á Leonardo en el corredor vuela hacia él. Malvaloca es bella: su cara risueña y comunicativa; su cuerpo, gentil y ligero; su traza popular. Sus cabellos negros, rizados y cortos, parece que los sacude el aire, según se agitan á impulsos de la nerviosa actividad de la cabeza, llena de fantasías y disparates, que se mueve como la de un pájaro. Viste falda lisa de un solo color, blusa blanca, zapato de charol con hebilla, y mantoncillo de seda negro puesto á modo de chal. Trae ricos pendientes, sortijas y pulseras, que contrastan con la sencillez del vestido. Leonardo, al verla aparecer, se levanta un poco sorprendido. Barrabás se acerca á la hermana Carmen como para comentar la visita. Luego se aleja.

Malvaloca. Buenos días.

Leonardo. Buenos días.

Malvaloca. ¿Este es el Asilo de las Hermanitas del Amor de Dios?

Leonardo. Este mismo.

Malvaloca. Gracias. Yo vi er postiguiyo abierto, y me entré; pero en mitá'er jardín temí haberme metío en otra parte.

Leonardo. Pues éste es el asilo.

Malvaloca. Sí; ya veo ayí una monja. Y... ¿usted podrá desirme...?

Leonardo. ¿Qué?

Malvaloca. ¿Es aquí donde están curando á un herido...?

Leonardo. Aquí es.

Malvaloca. ¿Usted sabe ya por quién pregunto?

Leonardo. Por Salvador García, ¿no?

Malvaloca. Cabalito: por Sarvadó Garsía. ¿Cómo está?

Leonardo. Ya está casi bueno.

Malvaloca. ¿Sí? ¿Pero ha estao grave?

Leonardo. Grave no diré yo. Ha sufrido bastante. Las quemaduras fueron horribles y las curas muy dolorosas.

Malvaloca. En Seviya corrió que se había achicharrao en una fragua.

Leonardo. ¡Ave María Purísima!

Malvaloca. Cosas de la gente, ¿verdá? Me lo dijo... ¿Quién me lo dijo á mí? ¡Ah! Matirde la Chata, que nunca lo ha mirao con buenos ojos.

Leonardo. ¿Usted viene ahora de Sevilla?

Malvaloca. Ahora mismo. No he hecho más que arreglarme un poco y busqué er convento. Y he venío por enterarme de la verdá; por salí de dudas; por verlo á é.

Leonardo. Es usted buena amiga suya, según parece.

Malvaloca. ¡Uh! Este ¡uh! de Malvaloca es como un trino. Lo emplea siempre con inflexión ponderativa y gracioso ademán, cuando no acierta á encerrar en palabras todo lo que quiere decir. Detrás de cada ¡uh! su imaginación pone un mundo.

Leonardo. Mucho, ¿eh?

Malvaloca. Ya me quedé en amiga; pero he sío una mijiya más. Er tiempo to lo acaba.

Leonardo. Menos las amistades, por lo visto.

Malvaloca. Donde candelita hubo... ¿Usted también es amigo de Sarvadó?

Leonardo. Amigo y algo más.

Malvaloca. ¿Cómo es eso?

Leonardo. Porque somos compañeros en el negocio de la fundición.

Malvaloca. ¿De qué fundición?

Leonardo. De la fundición de metales en que ha pasado la desgracia. ¿Es que no tiene usted noticias de la fundición?

Malvaloca. ¡Si yo hase más e dos años que no lo veol! Pero ahora estoy pensando... ¿Quién me dijo á mí que Sarvadoriyo se había metió á hasé carderas?

Leonardo Sonriendo. Probablemente esos informes saldrían de la misma fuente que los otros.

Malvaloca. No, la Chata no fué. ¿Qué más da quien fuera? ¿De manera que usted y Sarvadó...?

Leonardo. Sí; somos socios.

Malvaloca. ¿Los dos?

Leonardo. Naturalmente.

Malvaloca. ¿Desde cuándo?

Leonardo. Desde hace poco tiempo. Nuestra amistad, que es muy reciente, es ya muy estrecha.

Malvaloca. Es que Sarvadó es mu simpático.

Leonardo. Muy simpático es.

Malvaloca. Se yeva á la gente de caye, ¿verdá?

Leonardo. Á mí se me ha llevado, á lo menos.

Malvaloca. Y á to er que lo trata. En este mundo, lo que manda es la simpatía.

Leonardo. ¿Usted cree?

Malvaloca. Estoy segura. Er cariño mayó no es otra cosa que una simpatía. Una simpatía tan grande, tan grande, que no sabe usted viví sin aqueya persona.

Leonardo. Quizás.

Malvaloca. Dêle usted er nombre que usted quiera: amó, amistá, cariño... lo que á usted se le antoje. Escarba usted... y simpatía. ¿Usted no ve que á los piyos se les quiere más que á los tontos? ¿Y eso por qué es? Porque los piyos son siempre más simpáticos. No le dé usted vuertas.

Leonardo. Puede que tenga usted razón.

Malvaloca. ¿Y cómo fué el reunirse usted con ese tunante?

Leonardo. Usted misma acaba de decirlo: por simpatía. Viajábamos juntos, encontramos estos talleres de fundición abandonados en este pueblo, y nos aventuramos á probar fortuna. Los dos tenemos aficiones análogas... La fundición se llamaba antes de los Sucesores de no sé quién; pero Salvador la ha bautizado con el pomposo título de *La Niña de Bronce*.

Malvaloca. ¡Ah! ¡*La Niña de Bronce!*... Ya sé yo por la que va eso.

Leonardo. ¿Por usted?

Malvaloca. No, señó; por otra. ¡Granuja! Pero ¿dónde está? que yo sí que voy á broncearlo.

Leonardo. Ahora vendrá aquí.

Malvaloca. ¿Aquí va á venir?

Leonardo. Sí; ha ido una de las hermanas á avisarle que he llegado yo.

Malvaloca. Tengo ganas de darle un abrazo. ¡Pobresiyol! Porque es mu charrán, ¿sabe usted? pero es mu cabayero. Conmigo siempre se ha portao mu bien. Ni una sola vez he yamao á su puerta que ér no haya respondío. Segura estoy yo de que no me muero en un hospita mientras viva ese hombre. ¿Este es San Antonio? Tiene toa la cara de un músico. ¿Qué vende? ¿garbansos? Diga usted: ¿usted estaba en la fundición cuando ocurrió er percansé?

Leonardo. Sí por cierto.

Malvaloca. Y ¿cómo fué? ¿cómo fué? ¿Quié usted contármelo?

Leonardo. ¡Ya lo creo! Íbamos á fundir una figura para una fuente nueva de Los Alcázares, este pueblo inmediato.

Malvaloca. Lo conozco. ¡No yueve en Los Arcásares! ¡Josúl

Leonardo. El molde de la figura que se ha de fundir está en el suelo, bajo tierra; y por un agujero que se deja en la superficie, se vierte en él luego el bronce líquido que va en los crisoles.

Malvaloca. ¿En los qué?

Leonardo. En los crisoles. Los crisoles son unos grandes vasos, que sin saltar ni romperse, resisten las temperaturas más elevadas. Dentro de ellos, en los hornos, se deshace el bronce más duro hasta convertirse en fuego líquido.

Malvaloca. ¡Pa meté un deo!

Leonardo. Y entonces, como le decía, pasa de los hornos á la tierra en que está sepultado el molde de lo que se haya de fundir. En este paso ocurrió la desgracia de Salvador.

Malvaloca. ¿Sí?

Leonardo. Sí. Se conduce el crisol desde el horno sujeto por lo que nosotros llamamos armas de mano. Para sostenerlo y fundir, si el crisol es grande, se necesitan á veces cuatro ó seis hombres. Uno de ellos era Salvador. Pues bien: al ir á volcar el líquido en el molde por el bebedero, le faltó el pié á uno de los otros, y con la sacudida violenta saltó fuego al suelo y le salpicó á Salvador en el pecho, en un brazo y en una pierna.

Malvaloca. ¡Josú!

Leonardo. Si vencido por el dolor suelta el arma y se derrama y se esparce todo el fuego, tal vez se hubiera abrasado algún hombre. Salvador hizo un esfuerzo supremo y gritó: «¡Á fundir!» Y los demás obedecieron y entró el fuego en la tierra. Cuando ya no quedaba ni una sola gota en el crisol, soltaron sus manos la barra y cayó en mis brazos sin sentido.

Malvaloca. ¡Pobresito!

Leonardo. Dos hermanas de este asilo, que llegaron entonces al taller pidiendo una limosna, sobrecogidas é impresionadas por la escena, se obstinaron en que

había de traérsele aquí, por estar á un paso de la fundición; y aquí lo trajimos, y aquí se le ha asistido, y aquí sigue.

Malvaloca. Pos sí que habrá pasao las negras. Porque no es mu duro de carnes. Un peyizco es, y le hace daño. Pero ¿en qué piensa ya que no viene?

Leonardo. No sé... Sí que tarda... Acaso haya llegado el médico.

Malvaloca. Oiga usted, ¿es buen médico? Miste que en estos pueblos hay á lo mejó ca veterinario...

Leonardo. Bueno debe de ser. Á Salvador lo ha sacado adelante. Es el forense. Iré á ver qué pasa y á decirle que está usted aquí.

Malvaloca. Si me hace usted er favó...

Leonardo. Con muchísimo gusto. Va á marcharse y vuelve. ¿Y quién le digo que lo espera? Porque no sé cómo...

Malvaloca. Ah, sí. Dígale usted... Dígale usted que está aquí Marvaloca.

Leonardo. ¿Malvaloca?

Malvaloca. ¿Le suena?

Leonardo. No: me sorprende.

Malvaloca. Así me yaman desde los trese años. Mi nombre es Rosa, pa servir á usted.

Leonardo. Muchas gracias.

Malvaloca. Pero á Sarvadó dígale usted que Marvaloca. ¿Á que no sabe usted por qué me yaman Marvaloca?

Leonardo. ¿Por qué?

Malvaloca. Yo nasí en Málaga en una casita que tenía en la puerta un arriate y en el arriate una marvaloca. La gente conosía á mi casa por la casa de la marvaloca. Pos bueno: se secó la marvaloca, pero en lugá de la marvaloca quedé yo, que ya prinsipiaba á espigá. Y como mi casa era pa to er mundo la casa de la marvaloca, y ayí no había quedao marvaloca ninguna, pos la

marvaloca fuí yo. Totá: que en vé de sé una fló y de está á la puerta e la caye, fué una mosita que estaba dentro. Ya ve usté qué cosa mas sensiya. Pero hay que explicarla.

Leonardo. En un especial estado de ánimo, que en parte confirma las teorías de la simpatía expuestas por la simpática Malvaloca. Voy á avisarle á Salvador. Se va por el jardín hacia la derecha.

Malvaloca. Cuando se queda sola. Tambien es simpático este hombre. Mirando hacia la puerta. ¿Y esta viejesita que viene aquí? Se conose que estará recogía... ¡Pero qué chiquitita es! ¡Si es un embuste! Paese una majita de armiré.

Sale MARIQUITA, en dirección al lado opuesto del corredor. MALVALOCA la contempla encantada. Es una viejecita que cabe dentro del bote de los garbanzos de San Antonio.

Mariquita. Al pasar ante MALVALOCA. Dios guarde á usté, hermana.

Malvaloca. Vaya usté con Dios, hermanita.

Mariquita. Que usté siga güena.

Malvaloca. ¿Está usté recogía en el asilo?

Mariquita. Deteniéndose. Sí, señora.

Malvaloca. ¿Hase mucho?

Mariquita. Cuatro años. Desde que me fartó mi hijo; que me lo mataron en er moro.

Malvaloca. ¿Le mataron á usté un hijo en la guerra?

Mariquita. Er que tenía.

Malvaloca. ¡Vaya por Dios! Mariquita hace un gesto de resignación y dolor. ¿Son ustedes muchos los viejesitos asilaos?

Mariquita. Ar presente, seis: dos mujeres y cuatro hombres.

Malvaloca. ¿Esto era un convento, verdá?

Mariquita. Sí, señora: er Convento der Carmen. Y cuando se murió la úrtima de las madres, se vinieron aquí las Hermanitas del Amor de Dios.

Malvaloca. Ya. Diga ustedé, hermanita: ¿y se armiten limosnas?

Mariquita. Hágase ustedé er cargo: de la caridá viven eyas... y de la caridá de eyas, nosotros...

Malvaloca. Tome ustedé. Saca de su bolso una moneda de cinco pesetas y se la da.

Mariquita. Atónita. ¿Qué es esto?

Malvaloca. Un duro.

Mariquita. No tengo pa darle la güerta.

Malvaloca. Si es pa ustedé, hermanita.

Mariquita. ¿Pa mí?

Malvaloca. En broma. ¡Pa que se compre ustedé un sombrero!

Mariquita. Sonriendo entre lágrimas. ¿Un sombrero... yo?

Malvaloca. ¡Ó lo que le haga farta!

Mariquita. Un sagalejito.

Malvaloca. Ayá ustedé, hermana.

Mariquita. ¿Es ustedé rica?

Malvaloca. ¡Uh!

Mariquita. Por la caye no suelen dá limosnas tan grandes. De aquí tos los días salen dos hermanas á pedí, ¡y si viera ustedé qué poquito recogen! Y escuche ustedé una cosa: er sábadó pasao le pegaron á la hermana Piedá.

Malvaloca. ¿Quién?

Mariquita. Un lorrachote, ¿quién había de sé? Entró en una casa que tenía la cansela abierta, creyendo que era una casa particulá, y era una tabernucha. Pero eya, que es mu tranquila y mu resuerta, no se cortó ni na, y pidió su limosna pa los pobres. Y aquer tío, borracho como estaba, empesó á sortá palabrotas y le dió un gofetón.

Malvaloca. ¿Y qué hiso la hermana?

Mariquita. Pos la hermana entonses fué y le dijo: «Güeno, esto es pa mí. Ahora sigo pidiendo pa mis pobres.»

Malvaloca. Admirada. ¡Ah!

Mariquita. Conque fué el amo de la taberna al oirla, y echó á la caye ar borrachote, y á eya le dió una limosna mu güena. Y ar día siguiente vino el hombre ya fresco aquí á pedirle perdón. Y hubo que oí á la hermana Piedá; porque sabe mucho.

Malvaloca. ¿Es aqueya que cose?

Mariquita. No, señora. La hermana Piedá es mu guapita. Es de Madrí. Se casó mu joven, se le murió er marío der pecho, y entonses entró en esta casa, porque dijo que ya no tenía que queré á nadie en er mundo. Si sale, yo le diré cuál es.

En el corredor, por la izquierda, aparece en esto SALVADOR, el compañero de Leonardo. Es hombre de su edad, poco más ó menos, y de fisonomía inteligente y despierta. Trae el brazo izquierdo descansando en un pañuelo de seda anudado al cuello. Al ver á Malvaloca allí se sorprende vivamente y se alegra.

Salvador. Pero ¿es verdá lo que ven mis ojos?

Malvaloca. ¡Chiquiyo!

Salvador. ¡Malvaloca! ¿Tú por aquí? ¿Qué es esto?

Malvaloca. ¡Que vengo á vertel!

Salvador. Dios te lo pague, mujé, Dios te lo pague.

Malvaloca. ¿Cómo van esas quemauñas?

Salvador. Ya pasaron.

Malvaloca. Más vale así. Te he traío la buena.

Salvador. Tú á mí siempre. Siéntate un ratito.

Malvaloca. ¡Pos no que no!

Mariquita. ¿Es tu novia?

Salvador. Lo fué. Me dejó por otro.

Malvaloca. Diga usted que es un embustero.

Salvador. ¿Te gusta?

Mariquita. Es guapa. Y mira. Le enseña la moneda.

Salvador. ¡Espantárame á mí!

Mariquita. Riéndose. ¡Dise que pa un sombrero! Que Dios la bendiga.

Malvaloca. Vaya usted con Dios.

Sigue su camino Mariquita, reinando en el zagalejo que se va a comprar.

Salvador. Con satisfaccion á Malvaloca. ¿Qué hay?

Malvaloca. Que me alegro de verte, hombre.

Salvador. Y yo á ti.

Malvaloca. ¡Mía que vení á tus años á pará en un asilo e viejos!

Salvador. Las vueltas que da er mundo. En cambio por ti no pasan días: sigues tan guapa.

Malvaloca. Tus ojos. Y el cuartito de hora después de lavarme. Ya me han contao cómo te portaste er día de la desgrasia... Vamos, que estuviste hecho un valiente.

Salvador. ¿Quién te lo ha contao?

Malvaloca. Tu amigo.

Salvador. ¿Qué amigo?

Malvaloca. Er sosio.

Salvador. ¿Está aquí?

Malvaloca. ¡Toma! Y se ha ido á buscarte ayá dentro. Y antes una monja. ¿Dónde estabas metío?

Salvador. En la torre estaba.

Malvaloca. ¿Te da por las sigüeñas ahora?

Salvador. No.

Malvaloca. ¡Pos alguna conozco yo que paese una sigüeña! ¡Mar tiro le peguen! ¡Cómo se te va estropeando er gusto con la edá!

Salvador. Riéndose. Mientras no dejes de gustarme tú...

Malvaloca. Aquí ya no hay candela: á la otra escuela.

Salvador. ¿Has hablao mucho con Leonardo?

Malvaloca. ¿Con quién?

Salvador. Con mi compañero: con Leonardo.

Malvaloca. Ah, ¿se llama Leonardo? Pos Leonardo la mira á una que paese que va á retratarla. Es mu serio, ¿no?

Salvador. Muy serio. Y una gran persona, además.

Malvaloca. ¿Entonses, cómo es amigo tuyo?

Salvador. Porque los extremos se tocan.

Malvaloca. ¿Los extremos?

Salvador. Sí. Leonardo tiene lo que yo más envidio: voluntá. Es rarito, rarito... Pero va adonde quiere. Hay que sabé yevarle er genio, eso sí. Á lo mejó se arranca... En fin, este es el hombre: podía en su tierra, con su padre, que también tiene una fundisión, vivi tranquilamente y á gusto; pero er padre enviudó, quiso casarse por segunda vez, y Leonardo le dijo, cogiendo á una hermanita que tiene: «Ni mi hermana ni yo queremos otra madre que aquéya.» Y anochesió en la casa y no amanesió. Yevó á la hermana con unos tíos que suspiraban por tené hijos, y ér se echó á volá por er mundo, buscando aventuras.

Malvaloca. Pos mira: eso prueba que es un hombre de corasón.

Salvador. Y lo es. Aunque se las echa de inflexible y de hombre de asero.

Malvaloca. ¿Vive ya la hermana con é?

Salvador. No: sigue viviendo con los tíos. Pero ahora va á vení á pasá unos días con Leonardo.

Malvaloca. ¿Ér no es andaluz, por supuesto?

Salvador. No: es de Asturias.

Malvaloca. ¿Y pa qué se fué á nasé tan lejos?

Salvador. ¡Qué sé yo! ¡Chiquiya, lo que te agradezco esta visita!

Malvaloca. ¿Quiés cayarte? ¿Tú no hubieras hecho lo mismo? Ya sabes cómo soy. Me dijo una amiga: «¿Te has enterao de que Sarvadó está en parriyas, como San Lorenzo?» Y lié er petate. Tú me conoses: tengo er corasón en la cabeza.

Salvador. ¡Er corasón en la cabeza!...

Malvaloca. ¿No es verdá?

Salvador. Sí es verdá, sí; porque la cabeza no la tienes en ninguna parte.

Malvaloca. Así no padezco jaquecas.

Salvador. ¿Y en er sitio der corasón, qué tienes ahora?

Malvaloca. Er solá, con una vaya y un perro pa que no entre nadie.

Salvador. Pos á mí me han dicho que un alemán...

Malvaloca. ¡Vamos, quita! Ni en verano bebo yo servesa.

Salvador. ¿Sigues en Seviya?

Malvaloca. Por lo pronto, sí.

Salvador. ¿Y tu madre?

Malvaloca. En Sestona.

Salvador. Riéndose. ¿En Sestona?

Malvaloca. No te rías; en Sestona ó en Fitero ó en Vichy. Ayá eya. Es la misma de siempre. Que tengo dinero: «Hija de mi arma, sentrañas, corasón, alegría de su vieja...» To er surtío. Que me ve con la noche y er día y que er sielo se nubla: me agarra dos mantones, los empeña y toma er tren pa un barneario. ¡Yo no he visto una mujé que beba más agua de toas clases! salvador suelta la carcajada. Así está eya: hinchá.

Salvador. ¿Y tu padre?

Malvaloca. Mi padre es otro estilo: ése no es agua lo que bebe. Es un toné. En fin, no quieo acordarme de mi gente. ¡Josú! Si como me sacaron bonita me sacan fea, te los mando á un crisó de esos de tu fábrica.

Salvador. Siempre estás á tiempo.

Malvaloca. Déjalos; pobresiyos. ¿Y tu viejo? ¿En er pueblo?

Salvador. Sí: en er pueblo sigue.

Malvaloca. ¿Con la fotografía?

Salvador. Y con una tiendesita e morduras que ha puesto hace un año. Se defiende el hombre. Pienso yegarme á verlo cuando me den de arta, pa que se convesa de que esto de las quemauñas no ha sío na.

Malvaloca. Pero ha podío sé, Sarvadó.

Salvador. Lanses del ofisio.

Malvaloca. Es verdá. ¿Cómo te ha dao er venate de meterte á húngaro?

Salvador. ¿Á húngaro?

Malvaloca. Á fundidó: es iguá.

Salvador. Siempre pité un poco por ese lao: acuérdate. Conosí á este amigo, nos caímos en grasia el uno al otro y no hiso farta más. Ér tiene muchas ilusiones; yo no tengo tantas, pero me gusta que ér las tenga. Conque ahí está mi fundisión pa lo que tú quieras mandar-me. ¿Se te ofrese argo?

Malvaloca. Hombre, sí: vas á haserme dos grifos.

Salvador. ¿Dos grifos?

Malvaloca. Sí; uno pa mi padre y otro pa mi madre.

Se ríen los dos.

Salvador. En cuantito que vuerva ar tayé será lo primero que haga.

Malvaloca. ¿Te quedan aquí muchos días?

Salvador. Ya no; ya estaré pocos.

Malvaloca. Pos mira, por si vengo otra vez á verte, no digas quién soy.

Salvador. ¿Por qué no, mujé? Una amiga mía.

Malvaloca. Como quieras.

Salvador. ¿Qué quieres que diga, si no?

Malvaloca. Di mejó que soy una inglesa. Ya tienes ahí ar sosio.

En efecto, llegan LEONARDO y la HERMANA PIEDAD, por donde se fueron.

Leonardo. ¡Si está aquí, hermana!

H. Piedad. ¿Está aquí?

Salvador. Sí; aquí estoy.

Malvaloca. Buenos días.

H. Piedad. Buenos días. Toda la casa hemos andado detrás de usted.

Salvador. Me subí á la torre.

Leonardo. ¡Ya decía yo! ¡En la torre era muy difícil que lo encontráramos!

Malvaloca. Hermana; con permiso.

H. Piedad. Mande usted.

Malvaloca. ¿Quiere usted desirme en dónde está la iglesia?

H. Piedad. Yo iré con usted.

Malvaloca. No; no se moleste.

H. Piedad. No es molestia ninguna.

Malvaloca. ¿Es usted la hermana Piedad?

H. Piedad. Servidora. ¿Vamos?

Malvaloca. Vamos. Ahora vuelvo.

Salvador. La que tiene que vorvé también es usted, hermana Piedad.

H. Piedad. ¿Yo?

Salvador. Sí; pa hablá de aquéyo, antes que se marche Leonardo.

H. Piedad. Ah, sí. En seguida vengo. Á Malvaloca. Por aquí. Se alejan juntas por el corredor la santita y la pecadora.

Leonardo. ¿Quién es esta mujer?

Salvador. La hermana Piedad, ¿no has oído?

Leonardo. Déjate de burlas; la otra.

Salvador. ¡Ah! ¡La otra es esensia de canela!

Leonardo. Ya, ya.

Salvador. Marvaloca le yaman.

Leonardo. Ya lo sé.

Salvador. ¿Entonses qué es lo que me preguntas?

Leonardo. Algo más que el nombre. Lo que sepas de ella más que yo.

Salvador. Su historia es una novela muy larga. Pués imaginártela tú. No se parese á ninguna y se parese á muchas. Una cara bonita y una cabeza loca en una casa en donde hay hambre. Este es er prinsipio de la novela. De argunos capítulos sé argo más.

Leonardo. ¿Ha sido cosa tuya?

Salvador. Sí; pero ya hase tiempo.

Leonardo. Pues ella te conserva una gratitud...

Salvador. ¡Como que me porté muy bien con eya!

Leonardo. ¿Si?

Salvador. ¡Sí! La yevé á armorsá á una venta en Córdoba, le dije que me esperara un segundo, que iba por tabaco, y vorví á los dos años á vé si estaba ayí toavía.

Leonardo. ¿Eso hiciste?

Salvador. Por vé si era de ley.

Leonardo. ¡Bah! Tú no hiciste eso.

Salvador. Sí lo hice, sí. No tenía otra salida. Calla un instante, mientras pasa la HERMANA DOLORES por el corredor, de derecha á izquierda. Malvaloca es mujé que se mete mucho en er corasón; nos íbamos tomando cariño; me había yorao ya dos ó tres veses... Y eso de que me yore una mujé no es pa mi genio. Hasen las lágrimas una cade-nita, que sujeta más que toas las que podamos forjá nosotros en la fundisión.

Leonardo. No entiendo que la dejaras si la querías. Y todavía entiendo menos que esa mujer te mire á la cara.

Salvador. Te diré: corrió er tiempo, á los dos nos pasaron cosas... y cuando se le murió la chiquiya, á su lao estuve yo primero que nadie.

Leonardo. Ah, ¿se le murió una chiquilla?

Salvador. Bonita como un sueño. Cuatro años tenía. Esa ha sío la mayó desgrasia de Marvaloca. La chiquiya era como un refugio pa toas sus penas.

Leonardo. ¡Qué lástima!

Salvador. Porque tiene muchas. Y es buena como pocas mujeres he visto.

Leonardo. Así me ha parecido á mí. Tiene mirar de buena. Detrás de aquellos ojos, la primera luz que se advierte es de bondad.

Salvador. ¿Sabes que...?

Leonardo. ¿Qué?

Salvador. No; na... Malos pensamientos que tiene uno.

Leonardo. Pues ¿de qué te ríes?

Salvador. De ti probablemente.

Leonardo. ¿De mí? ¿Por qué?

Salvador. ¿Conque la primera luz que se advierte es de bondad? ¡Te veo y no te veo, fundidó!

Leonardo. No seas majadero. Cambiando de conversación bruscamente. ¿Qué nos quiere la hermana Piedad?

Salvador. Ahora nos lo dirá eya misma. ¡Cayó trabajo en *La Niña de Bronse*, amigo!

Leonardo. Me alegro, compañero, me alegro.

Llega en esto oportunamente la HERMANA PIEDAD.

H. Piedad. Aquí me tienen.

Salvador. Ea, pos vamos á hablá de la *Golondrina*.

Leonardo. ¿De la *Golondrina*?

H. Piedad. La *Golondrina*, como la llama el pueblo, aunque su nombre es *Santa Teresa*, es la campana de este convento, que está rota.

Leonardo. Cierto: rota está. No puede ser de otra manera. Desde la fundición la oigo todas las mañanas y todas las tardes, y me crispa los nervios. ¡Suena á diablos!

H. Piedad. ¿Á diablos?

Leonardo. Perdone usted, hermana. Quiero decir que no puede sonar peor.

H. Piedad. ¿Y cómo quiere usted que suene, si está rota hace cuatro años?

Leonardo. ¡Pues hay que componerla! ¡Todo tuviera tan fácil arreglo en el mundo!

Salvador. ¿Ve usted, hermana, como Leonardo era nuestro hombre?

Leonardo. ¡Ah, sí! ¡Una campana rota en una casa como esta, á dos pasos de una fundición, es una vergüenza para los fundidores!

Salvador. Sin contá con que de alguna manera hay

que pagarles á las hermanitas er trato que me han dao.

H. Piedad. No diga bobadas, hermano, que no hemos hecho sino cumplir con Dios. Y si ustedes, por gracia suya, consiguen que la *Santa Teresa* de esta torre, la *Golondrina*, cante como cantaba, elevando su voz á los cielos, entonces, desde la Superiora á la hermanita más humilde, que es una servidora de ustedes, no tendremos palabras ni acciones con que pagarles.

Leonardo. Pues cuente usted con que ello será. ¿Tú has visto la campana?

Salvador. Sí. Está partida de arriba abajo.

Leonardo. No es extraño, si sonaba tan bien.

H. Piedad. ¿Y eso?

Leonardo. Las campanas, cuanto más sonoras y bien timbradas, más frágiles. La que más nos encanta oír es la que con mayor facilidad puede romperse.

Salvador. Á las mujeres se paresen en eso.

H. Piedad. Calle usted, hombre, calle usted; que en todo asunto ha de acordarse de las faldas.

Salvador. Es que las campanas las tienen. Por eso me he acordao.

H. Piedad. Bueno, déjese usted de cuchufletas.

Leonardo. En resolución, hermana Piedad, porque éste tiene el vicio de hablar en broma cuando se habla en serio: fundiremos en *La Niña de Bronce* la *Golondrina*, y quedará tal cual estaba.

H. Piedad. Dios se lo pague á ustedes. Y eso precisamente quería yo saber: si quedará tal cual estaba; si después de arreglada será la misma.

Leonardo. La misma: de la misma hechura que hoy tiene, fundida con el mismo bronce.

H. Piedad. Bien, bien: si ha de ser así, bien. Es campana esa llena de tradiciones y de recuerdos muy queridos.

Leonardo. Pues usted ha de ver cómo seguirá sien-

do la misma. La *Golondrina* levantará el vuelo, dejará la torre, entrará por la puerta de nuestros talleres, vivirá unos días con nosotros, el fuego la consumirá para darle después nueva vida, y volverá á su nido cantando mejor que cantaba.

Salvador. Ó comparando de otra manera: la *Golondrina* es una morena que está ronca, que va en consurta á un par de doctores, y que cuando después de la visita entra en su casa, yega con una voz que se paran los pájaros pa oirla.

H. Piedad. ¿No digo yo? Siempre había usted de ir á parar á los mismos trigos. Á MARTÍN que vuelve por donde se fué. Martín, ¿usted oye esto?

Martín. ¿Qué, hermana?

H. Piedad. ¡Que va á hacerse el milagro de que hablaba yo antes!

Martín. ¿Qué milagro?

H. Piedad. El milagro de la *Golondrina*, que por gracia de Dios, que pone hombres buenos é inteligentes en la tierra, va á sonar como en otros tiempos.

Martín. Temblando de júbilo. ¿Es posible, hermana?

H. Piedad. Es posible, sí. Don Leonardo y su compañero van á llevársela á su fundición, y nos la van á devolver como si nunca se hubiera roto. ¿Verdad?

Leonardo. Verdad.

Martín. ¿En dónde están esos cabayeros, que quieo yo besarles las manos?

H. Piedad. Lo que ha de hacer usted, es darle gracias al Señor.

Martín. ¡Y besarles las manos á ojos!

Leonardo. ¿Es el campanero, quizás?

Martín. Er campanero soy, señó; pa servirle. ¿No me ve usté temblando?

Salvador. Martín quiere á la *Golondrina* como á cosa suya.

Martín. Como á cosa de mis entrañas, señó.

H. Piedad. El primer vuelo que dió la *Golondrina* en la torre lo dió con él.

Martín. Conmigo. Era yo una criatura. Y desde entonces no nos separamos. Eya ha sío en este mundo mi niña, y mi novia, y mi compañera, y mi madre. Tos mis cariños juntos, porque con eya he desahogao siempre mi pecho.

Leonardo. Pues ahora celebro yo más todavía lo que vamos á hacer.

Martín. ¡Lo que eso vale pa mí, señores, no pué representárselo nadie! ¿Ustés no oyeron nunca á la *Golondrina* antes e la desgrasia?

Leonardo. Yo, no.

Salvador. Ni yo.

H. Piedad. Yo, sí

Martín. Pos que diga la hermana: paresía una voz de los sielos. Dispertaba á los pueblos con sus sonos; alegraba los campos ar sé de día; yamaba á resá á la gente cristiana; yoraba por los muertos... Cuando murió mi compañera, yo doblé por eya con la *Golondrina* y no tuve mejó consuelo que sus tañíos... ¡Con qué doló sonabal

H. Piedad. No se excite demasiado, Martín, que luego le hace mal.

Salvador. Déjelo usté que hable.

Martín. Con la notisia que me han dao no pueo yo cayarme en dos días. ¿Ustés no ven que me estoy cayendo de viejo? ¡Pos hasta que la *Golondrina* se partió no me di yo cuenta de mis años! ¡Por eya er tiempo no pasaba, y yo vivía como si eya fuera mi corasón! Hermanita.

H. Piedad. ¿Qué quiere, hermano?

Martín. ¿Me deja usté que vaya á contarle á Barrabás estas novedaes?

H. Piedad. ¿Nada más que á contárselas?

Martín. Na más, na más. Ér tampoco querrá disputas ahora. Ya lo verá usté.

H. Piedad. Pues vaya, entonces, pero cuidado con lo que se habla.

Martín. Descuide usted, hermanita. Señores, si mis bendiciones yegan ar sielo, á ustés ya no van á fartarles nunca en la tierra. La vía que me quede doy yo, después que mis manos hayan vorteano una vez, como antes de romperse, á la *Golondrina*.

H. Piedad. Ande hermano, ande.

Salvador. Adiós, Martín.

Leonardo. Adiós.

Martín. Yéndose hacia la derecha de la huerta en busca de su implacable enemigo. ¡Barrabás! ¡Señó Barrabás! ¡Escuche usted lo güeno, compadre!

Salvador. ¡Pobre viejo! Á Leonardo que se enjuga una lágrima. ¿Qué es eso? ¿Yoras tú también?

Leonardo. ¡Psche!

Salvador. ¡Pero, hombre!

Leonardo. Niñerías.

H. Piedad. Se lo contará á Barrabás y á todo el asilo. Va loco el bueno de Martín.

Leonardo. ¿Y por qué quiere contárselo á Barrabás?

H. Piedad. Porque Barrabás está bautizado en la otra iglesia, y es del otro bando. En Las Canteras nada apasiona tanto como la lucha campanil. Los unos con la *Golondrina* y los otros con la *Sonora*, el día que no hay cabezas rotas es milagro de Dios.

Leonardo. Tiene gracia.

Sale por la puerta de la Cruz la HERMANA CONSUELO. En la mano trae una botellita de vino.

H. Consuelo. Don Sarvadó, ahí está ya er médico.

Salvador. ¿Arriba?

H. Consuelo. Sí; en su arcoba está. Y me ha dicho que viene de prisa.

Salvador. Voy á verlo al instante.

La hermana Consuelo quita el bote de garbanzos de la repisita de San Antonio, pone la botellita de vino y se va por donde salió.

Leonardo. Pues anda con Dios, que yo me marchó.
Vuelve MALVALOCA por la izquierda del corredor, á tiempo que Salvador va á irse dentro sin acordarse de ella.

Malvaloca. ¿Te vas?

Salvador. Ah, Malvaloca. Sí; voy arriba, que ha yegao er médico. ¿Me aguardas?

Malvaloca. No: vorveré á la tarde.

Salvador. Mejor es. Pos hasta luego, entonses.

Malvaloca. Hasta luego.

Salvador. Que te espero, ¿eh? que me he alegrao mucho de esta visita.

Malvaloca. Y yo de verte ya fuera de peligro. Adiós.

Salvador. Adiós. Éntrase por la puerta de la Cruz.

Por la izquierda también aparece la HERMANA DOLORES, un poco turbada, y habla aparte con la hermana Piedad, mostrándole una joya. Entretanto, Leonardo y Malvaloca se despiden.

Malvaloca. Bueno, he tenido mucho gusto en conocerlo á usted.

Leonardo. ¿Más que yo en conocerla á usted?

Malvaloca. Vaya que sea lo mismo.

Leonardo. No puede serlo. Fíjese usted en la diferencia que va de usted á mí.

Malvaloca. ¡Carambo! Se le va á usted pegando el aire de los andaluses.

Leonardo. Es difícil.

Malvaloca. Difisi no hay cosa ninguna. Ya nos veremos. Porque usted supongo que vorverá por aquí á visitá á su amigo.

Leonardo. ¿Cómo no?

Malvaloca. Pos ya nos veremos.

Leonardo. Nos veremos, sí.

H. Piedad. Acercándose á Malvaloca. Hermana.

Malvaloca. Mande usted.

H. Piedad. ¿Es usted por ventura...—sí; usted es— es usted la que ha puesto esta joya en el altarcito de la Virgen?

Malvaloca. Sí; yo. Para los pobres.

La hermana Dolores se va á contarle el hecho á la hermana Carmen. Leonardo sigue el incidente con interés y emoción.

H. Piedad. ¿Pa los pobres?

Malvaloca. Sí.

H. Piedad. Anonadada. Pero, hermana, una limosna en esta forma... y de este precio...

Malvaloca. ¿Es quisás que porque viene de mis manos...?

H. Piedad. ¡No!... Yo, hermana, no la conozco á usted... De usted no sé más sino que ha llegado aquí con el interés de ver á un enfermo; que ha entrado á rezarle á la Virgen, y que ha dejado en su altar esta joya para los pobres. ¿Por qué había yo de rechazar lo que de sus manos viniera? Y que la limosna, hermana mía, venga de donde venga, lleva consigo un resplandor que oculta la mano que la da.

Malvaloca. En súbito arranque al oirla, y con esa íntima naturalidad y graciosa sencillez con que lo hace ella todo. Pos si no se ve la mano que la da, tome usted también esto. Se quita una cadena de oro que trae al cuello y se la entrega.

H. Piedad. ¡Hermana!

Malvaloca. Pa los pobres.

H. Piedad. Pero...

Malvaloca. ¡Si ya sólo así puedo sé buena! Pa los pobres. Mira las caras de los dos y sonríe. Vaya, hasta luego. Sale presurosa al jardín.

H. Piedad. ¿Qué mujer es esta?

Leonardo. Yo también la he conocido hace un rato, hermana. Hasta la tarde.

H. Piedad. Vaya usted con Dios.

Leonardo. Adiós, hermana.

Malvaloca que, como al llegar, se ha detenido en medio del jardín, orientándose como una paloma, se va al cabo resueltamente por la izquierda del fondo. Leonardo la sigue, disimulando que la sigue; acaso prendida ya su alma fuerte en los finos flecos del mantón de

la pecadora. La hermana Piedad, conmovida, contemplando las joyas, con lágrimas en los hermosos ojos, recuerda las palabras de Malvaloca.

H. Piedad. ¡Ya sólo así puede ser buena!

En el fondo, la hermana Dolores comenta lo sucedido con la hermana Carmen, quien, merced á lo extraordinario del caso, suspende un buen rato su labor constante y tranquila.

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Amplio, desigual y luminoso patinillo entre la casa habitación de Leonardo y los talleres de la «Niña de Bronce». Á la izquierda del actor está la entrada de la casa; á la derecha la de la fundición. Al fondo hay una tapia, y en ella un postiguillo que da á un corral, por el que se sale á la calle. Ante la puerta de la casa un cobertizo de verdinegras tejas y blanqueadas pilastras, que descansan en sendos poyetes de ladrillo, también blanqueados. Al amparo de él una mesa de trabajo de Leonardo. Varios arriates con geranios y rosas, adornan el recinto. En un rincón, á la derecha, amontonados y revueltos, hay algunos materiales viejos de la fundición. Es por la mañana en el mes de Mayo.

SALVADOR sale de los talleres con un rollo de papeles en la mano. Viste de blusa larga y gorra. Se acerca á la mesa de Leonardo, deja sobre ella el rollo de papeles y examina con interés varios documentos. Por el postiguillo del corral llega TERESONA, guardesa un tiempo de la finca y hoy criada de Leonardo. Viene de la plaza de abastos, y trae un gran canasto al brazo con las provisiones para el día. Al ir á entrar en la casa se detiene saludando á Salvador.

Teresona. Güenos días tenga usted, cabayero. Sea usted bien venío

Salvador. Hola, Teresona.

Teresona. Ya sé que yegó usted anoche de su viaje y

que vino usted á vé ar señorito. Pero yo estaba en siete sueños.

Salvador. Sí; ya pregunté por ti cuando vine.

Teresona. También la hermanita de don Leonardo yegó ayer de mañana.

Salvador. Ya la vi anoche, ya.

Teresona. ¡Qué bonita es! ¡Qué carita más durse tiene! ¿Y usted, cómo ha dejao á su papá?

Salvador. Tan fuerte y tan bueno.

Teresona. Dios se lo conserve á usted muchos años. De las novedaes de acá en los veinte días que usted ha estao fuera ya tendrá usted también notisias.

Salvador. De esas novedaes me iré enterando poquito á poco.

Teresona. Don Sarvadó, en siertos particulares, haga ca uno de su cuerpo tiras. Er que se mete por medio es er que pierde. Yo, como y cayo. Si las comadres der pueblo quién murmurá, ayá eyas. Mostrándole unos pendientes de corales que lleva puestos. Miste. Me los ha regalao su mersé. Yo, punto en boca. ¿Usted me manda argo?

Salvador. Anda con Dios.

Teresona. Hasta luego. Éntrase en la casa.

Salvador. ¡Bah! Sabía yo que había de susederle.

Continúa examinando papeles y libros. De su ocupación lo distrae la inesperada presencia del TÍO JEROMO, que llega también por el postiguillo. Es tío de Malvaloca, aunque por el parecido no se le conoce, y hombre de unos cincuenta años. Viene de gorra, como va á todas partes, y trae un carastito con el almuerzo. Se encamina hacia los talleres.

Tío Jeromo. Alegremente sorprendido al ver á Salvador. ¡Sarvaoriyo! ¿Eres tú? ¿Ya estamos de güerta?

Salvador. Atónito. ¿Eh?

Tío Jeromo. ¡No te había conosío ar pronto con ese oalandrán! ¿Cómo se ha hecho er viaje?

Salvador. ¡Pero, yo no sé lo que veo! ¿Usted aquí? ¿Á qué viene usted aquí?

Tío Jeromo. Ah, ¿no te ha dicho na er sosio? ¡Si soy operario de los tayeres hase ya una semana!

Salvador. ¿Usté?

Tío Jeromo. ¡Yo! Me enteré de lo de mi sobrina con tu compañero, y me agarré á sus naguas. Ya tú sabes que Marvaloca ha sío siempre la providensia e la familia.

Salvador. ¡Bien! ¡bien!

Tío Jeromo. ¿Te parese bien, Sarvaoriyo?

Salvador. ¡Me parese muy bien!

Tío Jeromo. ¡Á vé si ahora que has yegao tú lo conozco yo en argo!...

Salvador. ¡Es posible!

Tío Jeromo. Dándole un cogotazo con familiaridad. ¡Qué punto eres!

Salvador. Pero, vamos á vé, amigo, ¿qué confianzas son estas? ¿En qué bodegón hemos comido juntos?

Tío Jeromo. Desconcertado y entre burlas y veras. Don Sarvaó... usté me dispense.

Salvador. Así. Y la gorra en la mano. Así.

Tío Jeromo. Yo creía que la vía de otros tiempos...

Salvador. Aqueyo pasó. Ar trabajo ahora. ¿En qué trabaja usté?

Tío Jeromo. ¡Según lo que sale! ¡De to *chanelo* un poco!

Salvador. ¡Me lo figuro! ¿Y tiene usté bula pa veni más tarde que los demás?

Tío Jeromo. ¡Tengo la sobrina arcadesa, qué demonio! Sobre que he pasao una noche, Sarvaoriyo, que Dios te libre de na semejante. ¡Que Dios lo libre á usté! Me he equivocao por la costumbre. El hígado, que no quié sé güeno.

Salvador. Pos ahí dentro se cura.

Tío Jeromo. Pos vamos ayá. Me alegro de verlo á usté tan guapo, don Sarvaó.

Salvador. Gracias.

Tío Jeromo. Y usted dispense si he fartao.

Salvador. No hay de qué.

Tío Jeromo. Miste que si á alguna persona quieo yo darle gusto en la casa, es á don Sarvaó.

Salvador. Adentro, hombre.

Tío Jeromo. Conmoviéndose. ¡Don Sarvaó de mi arma, no se ponga usted así conmigo!

Salvador. Adentro, adentro; que le teme usted ar trabajo más que á un miura. To esto es entretenerse pa no hasé na.

Tío Jeromo. Cambiando de nota, y riéndose. ¡Me esbarata usted con sus salías! Hasta luego. Se entra riendo en los talleres. Lleva en el corazón la duda de la inamovilidad de su puesto.

Salvador. Pos, señó, no creía yo que iban á í las cosas tan aprisa. Ya está aquí la langosta. Y esto sí que hay que cortarlo de raíz. Vamos á vé, hombre, vamos á vé. Acercándose á la puerta de los talleres y llamando. ¡Lobito! ¡Lobito!

Sale LOBITO á poco. Es un operario mozalbete, vivo y dicharachero. Viene en mangas de camisa, de gorra, pantalón muy viejo y alpargatas, y con un mandil de cañamazo toseco y sucio, atado con una guita á la cintura. En la mano trae una lima grande.

Lobito. Padrino, ¿qué me manda usted?

Salvador. Ven acá. Suerta la lima y vamos á fumar-nos un pitiyo.

Lobito. Muchas gracias. Toavía no se me había calentao en la mano. ¿Usted yegó anoche, verdá?

Salvador. Anoche.

Lobito. ¡Y hoy se funde la *Golondrina!*

Salvador. Hoy se funde. Ya he visto er materiá en los crisoles... Y don Leonardo me ha dicho que er morde es primoroso.

Lobito. Sí, señó. Se ha hecho con mucho esmero. ¡Hasta coscorrónes ha habío en er tayé á cuenta e la *Golondrina!* Como aquí habemos de los dos bandos...

Salvador. ¿Tú eres...?

Lobito. Yo soy de eya: yo soy *volandero*, como nos yaman. Pero Manué Martínez, y Bartolo, y er Jorobao y tres ó cuatro más, son *señorones*, de los de la Iglesia Mayó.

Salvador. ¿Y ese operario nuevo que ahora entraba, sabes tú dónde está bautisao?

Lobito. ¿Ése? ¡En la carse de Utrera, hasiéndole mucho favó!

Salvador. ¿Á la carse?

Lobito. No, señó; á é; ya que me tira usted de la lengua.

Salvador. ¿Y... trabaja, trabaja?

Lobito. ¿Qué va á trabajá, si no sirve pa yevá una esportiya e tierra de un lao pa otro? *Don Jeromo* le yaman los aprendises.

Salvador. Riéndose. ¿Entonses habrá entrao aquí por recomendaciones?

Lobito. ¿Se está usted divirtiendo conmigo? ¡Pos si yo pensaba que era usted er que lo había recomendao, según las ausencias que le hase!

Salvador. ¿Habla bien de mí ese sinvergüensa?

Lobito. ¡No para su boca! No lo toma á usted en lengua una vé que no sea pa alabarlo.

Salvador. ¡Vaya por Dios! ¡Qué mal le vi á pagá á *don Jeromo*!

Lobito. No se meta usted en eso, padrino.

Salvador. ¿Por qué?

Lobito. ¿Por qué va á sé? Porque es tío de eya... y ha venío aquí por eya... y no es mesté hablá más.

Salvador. ¿Por eya? ¿Y quién es eya?

Lobito. ¡Ay, qué gracia! Está la mañana de carnavales.

Salvador. ¿Es quisá Marvaloca?

Lobito. ¡Naturalmente! No se haga usted er tonto, padrino.

Salvador. Me lo había figurao; pero no sabía una

palabra. Cuenta, cuenta. ¿Se ha quedao en Las Canteras esa mujé?

Lobito. ¡En Las Canteras... y en los sesos de don Leonardo! De ayí sí que no sale. Eya vive en una de las casitas nuevas de la Resolana. Pos güeno: cuando don Leonardo no está ayí, eya está aquí. No se puén separá.

Salvador. ¿Viene aquí Marvaloca?

Lobito. Cuasi tos los días ha venío. Y á los primeros entraba en los tayeres. ¡Lo que nos reíamos con sus cosas! Porque, eso sí, tiene grasia pa una sementera. Pero se conose que le han dicho que nos distrae der trabajo, y ahora entra mucho menos. Cosa de senti; porque, fuera parte la simpatía, es dadivosa como pocas personas he visto.

Salvador. Tiene un agujero en la mano: la conozco.

Lobito. ¿Un agujero? ¡Una canasta de colá!

Salvador. ¿De manera que don Leonardo...?

Lobito. Está sorbió. Cuando viene de ayí es inuti preguntarle cosa ninguna: no se entera. No hase más que hablá solo pa su interiú y reirse. ¡Como si siguiera á la vera suya! Y cuando por casclidá la está esperando aquí y se tarda eya, hay que juirle. Miste que don Leonardo es fino y bien educao; po se pone más áspero y más duro que er sepiyo de alambre.

Salvador. Mal anda ese hombre, Lobito. Mal anda.

Lobito. Intencionadamente. Eya lo vale, ¿no, pa hrino?

Salvador. Lo vale, lo vale; pero hay que sabé manejarla. Y este amigo toma las cosas de la vía demasiaio á pechos.

Lobito. *Pichichi* el ofisiá me ha dicho á mí que esa mujé es un libro que usté se sabe de memoria.

Salvador. Pos dile á *Pichichi* de mi parte que se caye er pico.

Lobito. Ahí tenemos á don Leonardo.

Salvador. Y á éste voy yo á neselitá ponerle botones de fuego.

Llega LEONARDO por el postiguillo que da al corral. Viene de la calle.

Leonardo. Hola, viajero; buenos días.

Salvador. Ven con Dios.

Leonardo. ¿Descansaste?

Salvador. De sobra.

Lobito. Padrino, ¿me manda usted algo más?

Salvador. No. Sigue tu faena.

Lobito. Vamos ar torno. Se entra en los talleres.

Salvador. ¿Y tu hermana?

Leonardo. Señalando á la casa. Mírala: aquí llega. Yo salí sin verla esta mañana tempranito. Madrugo mucho en este tiempo.

Salvador. ¿Sí, eh?

Leonardo. Sí. Me gusta ver levantarse el sol por detrás del castillo. ¿No lo has visto nunca?

Salvador. Maliciosamente. ¿Er só por detrás der castiyo? ¡Sí, hombre! Antes que tú.

Leonardo. ¿Cómo?

Sale de los talleres un OPERARIO.

Operario. Don Sarvadó, er modelista quiere haserle á usted una pregunta.

Salvador. Voy ayá en seguida.

Leonardo. ¿Qué es ello?

Salvador. Na de particulá: que le he dicho que le dé un poco de más movimiento ar modelo de la verja esa.

Leonardo. Ya.

El Operario entra en el corral, y á poco vuelve á pasar para los talleres con un arma de mano.

Sale de la casa JUANELA, y Salvador se detiene un punto a saludarla. Juanela acredita la observación que acerca de ella ha hecho Teresona.

Salvador. Buenos días, poyita.

Juanela. Buenos días. Felices, Leonardo. Te he visto venir desde el balcón.

Leonardo. ¿Ah, sí?

Juanela. ¡Cómo madrugas! ¡Qué temprano sales!

Salvador. Con socarronería. En los pueblos... ¿verdad, Leonardo? empieza la noche tan pronto...

Leonardo. Turbado. Claro... sí.

Salvador. Hasta luego.

Juanela. Hasta luego.

Salvador. Si éste le habla á usted mal de mí, no le haga usted caso. Se entra en los talleres.

Juanela. Váyase usted tranquilo. Me parece tu compañero un burlón muy grande... Leonardo está ensimismado. Juanela lo observa unos instantes en silencio. ¿En qué piensas?

Leonardo. ¿Eh?

Juanela. ¿En qué piensas? ¿Estás aquí ó en otra parte?

Leonardo. No, que estoy aquí. Sólo que me habla distraído. ¿Qué quieres?

Juanela. Nada, hombre; que te des cuenta de que estás aquí y de que yo también lo estoy.

Leonardo. Ya, ya me doy cuenta.

Juanela. Ahora voy á salir con Teresona á dar una vuelta por el pueblo, ¿no?

Leonardo. Sí. Con Teresona; sí. Teresona es muy buena mujer. Era la guardesa de esta casa antes de tomarla nosotros, y la he conservado á mi servicio.

Juanela. Parece que te quiere mucho.

Leonardo. Sí.

Juanela. ¿Qué te pasa, Leonardo? Á ti te pasa algo. Desde anoche lo noto.

Leonardo. No, tonta; ¿qué me ha de pasar? Lo que hay es que hace tiempo que no vives conmigo y ya te has olvidado de mi genio. Anda, vete á pasear con Teresona. Te gustará el pueblo; te gustará.

Juanela. La parte que vi ayer, bien que me ha gustado. ¡Qué luz tiene! ¡Y qué blancura todas las casas! Cuando les da el sol lastiman los ojos. ¿Te acuerdas tú cómo soñábamos allá, en nuestra aldea, con esta tierra de Andalucía? Á mí me parecía tierra que nunca había de ver: tierra de fábula.

Leonardo. *Distraído.* Pues ya estás en ella.

Juanela. Yo sí; pero tú estás ahora lo menos en Asturias; insisto.

Leonardo. No, pequeña; no.

Juanela. ¡Vaya! Ni que fuera yo simple. ¿Á que va á ser verdad lo que me han contado?

Leonardo. *Rápidamente.* ¿Qué te han contado?

Juanela. Es verdad.

Leonardo. ¿Qué es ello?

Juanela. Que tienes novia.

Leonardo. ¿Que tengo novia? ¿Quién te ha contado eso?

Juanela. Una vecina que ayer tarde me vió esperándote al balcón. Y trabó conversación conmigo. Porque la gente de aquí se toma mucha confianza. Lo que se le ocurre, lo que sueltan. Piensan en voz alta, ¿verdad?

Leonardo. Algo hay de eso que dices. Exceso de imaginación es todo. De ahí que se equivoquen muchas veces en lo que hablan.

Juanela. ¿Y esta vez, se han equivocado?

Leonardo. *Después de mirarla.* ¿Lo sentirías tú?

Juanela. Todo lo contrario... Deseo que te cases, para que dejes de rodar por el mundo... y para venirme á vivir contigo.

Leonardo. ¿No vives contenta con los tíos?

Juanela. Sí... Me miman mucho. Pero es diferente. No es mi casa aquélla, como sería la tuya... como era la de nuestro padre.

Leonardo. *Suspirando.* Es cierto. Anoche me dijiste que estuviste á verlo antes de venir.

Juanela. Estuve, sí. Me entristeció la visita en lugar de alegrarme. No es dichoso.

Leonardo. No podía serlo.

Juanela. ¡Y qué pena da que sea una mujer la que desbarate una casa!

Callan los dos. De la suya sale TERESONA, con un mantón que no es el de antes.

Teresona. ¿Nos vamos, niña?

Juanela. Ah, Teresona. Sí, nos vamos.

Teresona. Ea, pos anda; que yo no pueo dejá mucho tiempo la cosina sola.

Juanela. Vamos.

Teresona. Ahora vi á yevarla á la Iglesia Mayó. Y luego ar Molino, pa que vea los campos desde la asoteíya.

Leonardo. Bien, bien.

Juanela. Hasta después, hermano.

Leonardo. Id con Dios.

Teresona. Á Leonardo, con misteriosa picardía, así que Juanela ha entrado en la casa, y refiriéndose al mantón que trae puesto. De su mersé. ¿Usté lo conosía?

Leonardo. Calle usted ahora.

Teresona. No tenga usté cuidao. Yo no me pierdo por la boca. Quéese usté con Dios. Vase tras de Juanela.

Leonardo. Recriminándose enérgicamente. ¡Bah! Cobarde aquí, cobarde allí... ¿Qué es esto? ¿Qué me pasa? No me conozco.

SALVADOR ha salido de los talleres á tiempo de oirlo y de verlo.

Salvador. Pa hablá solo me parese muy pronto, compañero.

Leonardo. ¿Qué?

Salvador. De eso á tirá piedras por las cayes no hay más que un paso.

Leonardo. ¡Qué buen humor el tuyo siempre!

Salvador. ¿Y er tuyo, no? ¿No lo tienes hoy?

Leonardo. Casi nunca; ya sabes. Y hoy, desde luego no.

Salvador. ¿Pos qué te ocurre?

Leonardo. Cosas.

Salvador. Cosas de eyas, ¿verdá?

Leonardo. ¿Eh?

Salvador. Er cariño tiene esos disparates: á lo mejó empiesa á yové con er só fuera. Pero pasa pronto er chubasco.

Leonardo. ¿Qué es lo que te figuras?

Salvador. No son figuraciones. Es que sé que á la fieresita que presumes que hay dentro de ti, la está domesticando la música de una farda bajera.

Leonardo. ¡De qué modo dices las cosas! ¿Y por dónde sabes tú eso?

Salvador. Por ti mismo.

Leonardo. ¿Por mí?

Salvador. ¡Por ti!

Leonardo. ¿Desde cuándo?

Salvador. Desde er día en que Marvaloca yegó á Las Canteras. En la primera conversasión caíste como un recluta. Niégalo.

Leonardo. Si á enamorarse llamas tú caer...

Salvador. ¿Lo estás viendo? Yo no tuve más que oírte primero y que mirarte después delante de eya. Los días siguientes ya no fuiste al asilo por verme á mí, sino por encontrá á Marvaloca. Y como te conozco y la conozco, pa mis adentros pronostiqué que ibas á durá menos que el estaño en er fuego.

Leonardo. Y así ha sido. Debo confesártelo á ti, que eres un amigo leal y del alma. Yo no he estado nunca delante de una mujer que más me cautive y me interese.

Salvador. Sí, sí; yeva consigo la fló de la simpatía.

Leonardo. No es bastante decir simpatía para explicar la atracción que ella ejerce. Es que no tiene pa-

labra ni movimiento que no enamore. Á mí me emboba. No sé si por contraste de mi condición y la suya, pero me emboba.

Salvador. Tiene, tiene gracia.

Leonardo. Es algo más que gracia. Es luz en la boca, luz en la frente, luz en las manos, luz en los cabellos...

Salvador. Eso pué que sea briyantina.

Leonardo. ¿Te burlas?

Salvador. ¿No lo ves?

Leonardo. ¿Es ridículo acaso lo que estoy diciendo?

Salvador. ¡Qué disparate! Mi burla es un poco de envidia de verte tan enamorado. Yo me quiero enamorar de esa manera, y no me sale nunca. Ó casi nunca.

Leonardo. Nunca. Pero no te importe; quizás así vivas más tranquilo. Más dichoso no diré yo. Malvaloca se ha entrado por mi alma despertando en ella sentimientos dormidos ó nuevos. ¿Crearás que hasta el sufrir á su lado me alegra íntimamente? Pues sufro y lloro, lo mismo que río y me divierto. Vivo, vivo; y vivir por una mujer, ya es algo.

Salvador. Un poco grave. Pero, hombre...

Leonardo. Yo te juro por nuestra amistad que no me fascina de Malvaloca solamente el hechizo de su persona; la pasión de sus ojos; la gracia de su aire y de sus palabras...

Salvador. ¿Qué más?

Leonardo. Tanto como todo ello junto, más que ello, si cabe, me seduce, y me conmueve, y me hace temblar, la ingénita bondad de su corazón; aquella generosidad loca; aquella honda tristeza de su desgracia, de la que más que sus palabras me hablan á mí sus lágrimas; lágrimas inesperadas que asoman siempre en momentos de dicha. ¿Comprendes esto?

Salvador. Sí lo comprendo, sí. Y también comprendo que estás pa que te aten.

Leonardo. ¿Qué dices?

Salvador. Pero ya pasará, ya pasará ese fuego.

Leonardo. Como preguntándose á sí mismo. ¿Pasará?

Salvador. ¡Claro, hombre! ¡Ahora estás enmelaol! Ya sé, ya sé también lo de la casita en la Resolana; las veces que tú vas ayí; lo que á ti te encanta vé levantarse ser só por detrás der castiyo...

Leonardo. Riendo. ¡Qué bellaco eres!

Salvador. Las visititas de eya á la fundisión...

Leonardo. No...

Salvador. Sí.

Leonardo. Algunas veces ha venido: lo declaro.

Salvador. No, hombre, no; viene tos los días, ¡qué pamema de argunas veces!

Leonardo. Contigo hay que reir. Luego vendrá un ratillo.

Salvador. ¿Qué? ¿Que va á vení luego?

Leonardo. Sí; si no ha venido hoy.

Salvador. ¿Que va á vení luego, Leonardo?

Leonardo. ¿Pues ya qué te sorprende?

Salvador. ¡Veo que estás más loco de lo que yo creía!

Leonardo. ¿Eh?

Salvador. ¿Y tu hermana?

Leonardo. Turbado. Mi hermana... Es verdad, sí... Á ti te parece mal que estando aquí mi hermana...

Salvador. ¡Claro!

Leonardo. Pues no me supongas tan loco. Yo he pensado eso mismo antes que tú. Ayer fuí á decirle que no viniera, y no tuve necesidad de ello, porque ella se me anticipó advirtiéndome que no saldría.

Salvador. ¿Y hoy?

Leonardo. Hoy he ido á lo mismo...

Salvador. ¿Y no se lo has dicho tampoco?

Leonardo. No.

Salvador. ¿Por qué?

Leonardo. Porque... ¡Vaya! ¡porque es cosa que pugna con mis sentimientos, y no se lo digo!

Salvador. Hases mal, Leonardo.

Leonardo. Pues haré mal, pero cumplo con mi conciencia. Yo no le digo á una mujer que es buena, que quiere ser honrada, que deje de venir á mi casa. Eso es tanto como empezar á impedir que lo sea.

Salvador. Pero, vamos á vé; no te arborotes: ¿Marvaloca se ha enterado de que está aquí tu hermana?

Leonardo. Creo que no.

Salvador. Pos sin que tú le prohibas que venga, en cuanto se entere de que está, no vuelve.

Leonardo. ¿Que no vuelve?

Salvador. Sabe bien er terreno que pisa... y tiene más sentido común que tú.

Leonardo. Lo que sabrá será resignarse.

Salvador. Vístelo como quieras. ¡Ni que fueras tú el responsable de la vida de Marvaloca!

Leonardo. ¿Qué egoísmo es ese, Salvador?

Salvador. ¡El egoísmo de viví en la tierra y no en la luna!

Leonardo. El egoísmo de... Mejor es que no hablemos más de este particular. Hablaríamos hasta cansarnos, y tal vez no llegarías á comprenderme. Hay cosas que no entran en la inteligencia si antes no pasan por el sentimiento.

Salvador. Como te dé la gana. ¿Á qué vamos á discutir? De memoria sé yo que cuando está un hombre con esa calentura, no escucha más que lo que ér se dise. Punto y aparte.

Sale de los talleres el TÍO JEROMO y se marcha por el postigüillo al corral. Viene ya en traje de faena, por el estilo del de Lobito, y trae un mazo sujeto á la cintura, una sierra en la mano izquierda y en la diestra un formón. Al pasar saluda á Leonardo.

Tío Jeromo. Don Leonardo, mu güenos días.

Leonardo. Buenos días, Jeromo.

Tío Jeromo. Se le felisita á usted por la yegá de don Sarvaó.

Leonardo. Muchas gracias.

Tío Jeromo. ¡Ya estamos trajinando! vase.

Salvador. De este operario tan bien educao sí que tenemos que tratá. ¿Cómo no me habías escrito una palabra de semejante arquisición?

Leonardo. Discúlpame. Ha sido una inadvertencia ó un descuido. No tiene importancia ninguna. No creí que fuera necesario.

Salvador. Y no lo era. Lo nesecario, lo impresindible es plantarlo en la cayé.

Leonardo. ¿Al tío de Malvaloca?

Salvador. Justo: á *don Jeromo*.

Leonardo. Hasta ahora ha cumplido con su deber.

Salvador. ¿Ése? Ése no ha dao un gorpe en su vía. Además, es un charrán de siete suelas y de mala sangre. Y un peligro en la casa. Ya he visto una barajiya por los tayeres; y la boteyiya e vino no tardará en vení.

Leonardo. ¿Y á ti te consta que él haya traído la baraja?

Salvador. Estoy seguro. Y les sacaré los cuartos á cuatro infelises. Más te digo: las herramientas y las dos badilas que se han echao de menos, ér se las ha yevao.

Leonardo. Ah, no; pues eso, no. Hay que imponerle un correctivo eficaz.

Salvador. Lo que hay es que pegarle un puntapié y echarlo á la cayé. Porque si te blandéas y lo consientes vas á tené, sobre er daño que ér solo te haga, la reata de toa la familia y sus conosimientos. El hermanito de Marvaloca, la madre, er padre, er compadre, la comadre, er tito, la tita... Conozco la casa.

Leonardo. Todo eso huelga.

Salvador. Yo creo que no.

Leonardo. Pues yo creo que sí. Aquí no hay más

que un operario que puede ser perturbador, y á quien despediremos hoy mismo. ¿Ó es que me crees tan débil que por complacencias ajenas á nuestros intereses he de pasar por algo que pueda ser un daño para ellos y una desmoralización en la casa? Pues te equivocas. Hoy mismo quedará despedido ese hombre.

Salvador. No es pa tanto.

Leonardo. Sí lo es, Salvador. Viendo aparecer al tío Jeromo, que vuelve del corral con todas las herramientas en la misma forma que antes. Y aun hoy mismo es tarde: ahora mismo.

Salvador. ¡Lo has tomao con prisa!

Leonardo. Para hacer lo que debo hacer siempre tengo prisa. Escuche usted, Jeromo. De usted hablábamos precisamente.

Tío Jeromo. ¿De mí?

Leonardo. De usted.

Tío Jeromo. ¿Bien ó má?

Salvador. Don Leonardo, bien. Y yo le yevaba la contraria.

Tío Jeromo. ¡Je! Leonardo va á su mesa y hojea el libro de jornales. El tío Jeromo se huele la partida y echa mano de la adulación, para quebrantar al enemigo. Güeno, yo estoy como los chiquiyos der tayé bautisaos en esta parroquia: soñando con la fundición de la *Golondrina*. ¡Qué rajo, don Sarvaó, qué rajo! ¡Pa escribirlo en la Historia ' España! ¡Vayan con Dios los rajos!

Leonardo. Bien está.

Tío Jeromo. ¿Cómo dise?

Salvador. Otro *rajo* que vamos á tené ahora mismo.

Leonardo. Desde este momento queda usted despedido de la fundición.

El gesto de estupor del tío Jeromo al oír á Leonardo, es indescriptible. Mira luego alternativamente al uno y al otro, siempre mudo, y al cabo rompe á hablar diciendo:

Tío Jeromo. ¿Querrán ustés creé que no me salen las palabras?

Leonardo. Ni falta que hace. He dicho yo las que había de decir.

Tío Jeromo. ¡Un rayo cayéndome á los pies no me deja más muerto! ¡Á mí me han calurniao! Altanero. ¡Qué mentira se ha inventao contra mí!

Leonardo. Está demás toda explicación.

Tío Jeromo. Don Leonardo, á un griyo es, y se le escucha. ¡Y vale dos cuartos!

Salvador. ¡Es que usted no vale los dos cuartos!

Leonardo. Puede usted retirarse.

Tío Jeromo. ¡Eso es! ¡como un perro! ¡Á la caye un obrero honrao! ¡Luego disen que hay güergas!

Salvador. Usted se declaró en huerga er día que nació.

Tío Jeromo. Patético. ¡Sarvaó!... ¡Sarvaoriyo!... ¡Yo no esperaba esto de ti!

Leonardo. ¿Qué es eso?

Tío Jeromo. ¡Mía que eya va á sentirlo mucho!

Leonardo. Molesto. ¿Eh?

Tío Jeromo. ¡Don Leonardo, siquiea por eya, que es toa corasón, y que me quiere á mí más que á su padre!

Leonardo. ¡Silencio! Es inútil que se obstine usted.

Salvador. ¿Se le debe argo?

Leonardo. Al revés. Hace dos días le anticipé cinco jornales. Pero estamos en paz.

Tío Jeromo. ¡No; si toavía vi á tené que darle á usted las gracias! Mordiéndose un puño. ¡Mardita sea! Á Salvador con arranque de cólera. ¡En tus tiempos no habría pasao una cosa así!

Salvador. ¡Ya se está usted cayando!

Tío Jeromo. ¡Tú la querías más que éste!

Leonardo. Agarrando violentamente un martillo que hay sobre la mesa. ¡Ó desaparece usted de mi vista ahora mismo, ó le abro la cabeza en dos partes!

Tío Jeromo. Güeno, hombre, güeno... Arrieros somos, y er camino andamos... Principia á dejar con mal modo 'as herramientas en un rincón.

Leonardo. Á Salvador. ¿Era esto lo que había que hacer?

Salvador. Ya has visto que sí; que esto era.

Leonardo. Pues ya está hecho. Se entra en la casa.

Tío Jeromo. ¿Luego, por lo que oigo, Sarvaó, has sío tú er que ha presipitao á este hombre á dejarme sin pan?

Salvador. Largo, largo...

Tío Jeromo. ¡Pos el hambre es mu mala consejera!

Salvador. ¡Largo, le digo!

Tío Jeromo. ¡Te acordarás de mí! ¡Y ese *panoli*! ¡Y Marvaloca! ¡Va á tardá mucho en sabé to esto la niña que ha venío de fuera! ¡Mucho va á tardá!

Salvador. ¡Á la caye!

Tío Jeromo. ¡Que toavía tengo un maso en la mano!

Salvador. ¡Pero además der maso hay que tené coraje pa manejarlo! ¡qué bravatas!

El tío Jeromo tira el mazo al suelo con rabia, se muerde nuevamente el puño y se entra airado en los talleres.

Tío Jeromo. ¡Mardita sea!...

Salvador. Ya salimos de é. Era una ersena inevitable. Llamando. ¡Lobito! ¡Lobito! Tarde ó temprano era inevitable. Y ese infeliz se ha tomao un torosón. Á Lobito que sale á la puerta de los talleres. Oye, Lobito: no quitarle ojo ar tío Jeromo hasta que se vaya.

Lobito. Ya estamos en eyo, padrino.

Salvador. Es capaz de cuarquier disparate.

Lobito. ¡Menúa risa hemos tenío ahí dentro! ¡Habemos escuchao toa la bronca!

Salvador. Anda, anda.

Lobito. No pase usté cuidao. Se retira.

Salvador. Yendo hacia la casa. Carmaremos ar compañero un poco.

Oportunamente aparece por el postiguillo del corral MALVALOCA. Viene de mantón, sencillamente vestida, y sin más alhajas que unos pendientes muy modestos.

Malvaloca. ¿Quién vive?

Salvador. ¿Eh? ¡Marvaloca!

Malvaloca. Adiós, hombre. ¿Paresiste ya? ¿Cuándo has venío?

Salvador. Anoche.

Malvaloca. ¿De tu pueblo te fuiste á Málaga á vé á las amigas, no?

Salvador. Cabalito.

Malvaloca. ¿Me habrás traío pasas?

Salvador. ¿Pa refrescarte la memoria?

Malvaloca. ¡Pa ponerlas en aguardiente!

Salvador. Yo no sabía que estabas aquí.

Malvaloca. ¡Carambo!

Salvador. Yo te hasía en Seviya.

Malvaloca. Y yo á ti en Roma; besándole ar Papa la babucha.

Salvador. Pos yo me fui de Las Canteras, y he vuerto.

Malvaloca. Pos yo ni he vuerto, ni me fui. ¡Ni me voy!

Salvador. ¿Tanto te gusta er pueblo?

Malvaloca. ¡Como que he fincao!

Salvador. ¿Con vistas ar campo ó ar río?

Malvaloca. Con vistas ar reló del Ayuntamiento. ¡Échate ya pa un lao, fogonero, que tiznas!

Salvador. ¡Camará, lo que cambian los tiempos!

Malvaloca. Pa mejorá siempre. ¿Y ese hombre? ¿Se ha escondío?

Salvador. Arriba lo tienes. Hasiendo números por ti.

Malvaloca. Y va en serio. Y yo por é.

Salvador. Quita números.

Malvaloca. No quito na. Más verdá es que er só que alumbra.

Salvador. ¿Así andamos?

Malvaloca. ¡Uh! Tú no sabes de eso. Somos dos amantes pa una lámina.

Salvador. Como los de Terué.

Malvaloca. ¡En Terué hace frío!

Salvador. Pero ¿á tanto yega la fiebre?

Malvaloca. Cuarenta y ocho y décimas. ¿Dónde dices que está?

Salvador. Estará con su hermana.

Malvaloca. Sorprendida. ¿Ha venío la hermanita por fin?

Salvador. Ayé vino.

Malvaloca. Entonses yo me voy. ¿No te parese á ti que debo irme?

Salvador. Á mí sí.

Malvaloca. Y á mí también. Las cosas son las cosas. ¿Cómo no me lo ha dicho Leonardo?

Salvador. ¡Porque Leonardo lo ha tomao en redentó!

Malvaloca. No lo digas en *chufia*. ¡Es más romántico! ¡Más romántico es! ¡Uh! To lo adorna; to lo ve con estreyas.

Salvador. Y á ti te sienta bien er romantisismo: estás más guapa; tienes buenos colores.

Malvaloca. La tranquilidad, hijo, que hace milagros.

Salvador. Esos pendientes no son de mis tiempos.

Malvaloca. Ni de los de nadie: son cosa de é. Me ha hecho estrená hasta las horquiyas. ¡Mía que las horquiyas! Pos hasta eso. Y de toas mis alhajas he tenío que despedirme pa un rato.

Salvador. ¿Y mi reló?

Malvaloca. Le ha dao un calambre ar minuterero. Á buena parte vas. No es que é me haya hablao una palabra, ni que tenga selos de ti, ¿lo oyes? pero te nombro y se pone verde. Más daño le hases tú que ninguno.

Salvador. Con gesto y acento de pesadumbre. Vaya por Dios.

Malvaloca. Me quiere con seguera.

Salvador. Eso veo.

Malvaloca. Como ningún hombre en er mundo.

Salvador. ¿Metiéndome á mí?

Malvaloca. ¿Quiés cayarte? ¿Vas á compará er cañamaso con la sea? Me quiere más que nadie... y de otro modo.

Salvador. ¿De otro modo que yo también?

Malvaloca. De otro modo; sí.

Salvador. ¿Y en qué consiste la diferencia?

Malvaloca. ¡Hasta en la manera de cogirme las manos! ¡Hasta en la manera de respirá á la vera mía! No me trata como á una mujé, sino ¡como una cosa!... Á vé si yo me sé explicá: si er primer hombre que á mí me pretendió de mosita hubieras sío tú—es un poné—con to y con sé tú un hombre bueno, á estas horas sería yo lo mismo que soy: una desgrasiá. Si er primer hombre que da conmigo es ese hombre... ¡otra sería mi suerte!... Ahora no tendría yo queirme porque hubiera yegao su hermanita. ¿Me explico?

Salvador. Sí.

Malvaloca. ¿Y pondero?

Salvador. No.

Malvaloca. No te piques tú, Sarvadoriyo. A ti yo tengo mucho que agradéserte; pero eso no tiene na que vé con este cariño, que nunca había probao Marvaloca. Tú eres bueno... porque no eres malo. Y él es bueno... por eso, porque es bueno. Pa que tú lo entiendas: tú eres bueno por la mañana y él es bueno to er día. Una cosa así.

Salvador. Es bueno, es bueno.

Malvaloca. ¡Más bueno que un cura der teatro! Como que á mí, cuando sueño con é, siempre se me representa con er pelito blanco y er baculito, y casando á to er mundo.

Salvador. ¡Ja, ja, ja!

Malvaloca. Y me voy sin verlo, que no quiero que me piye aquí la hermanita.

Salvador. ¿Le digo que has estao?

Malvaloca. Sí; díselo. No; no se lo digas.

Salvador. Como quieras.

Malvaloca. Díselo, sí. ¿Pa qué hemos de andá con misterios? Adiós.

Salvador. Espérate un instante, que ahora nos vamos á reí.

Malvaloca. ¿De qué?

Salvador. Der tío Jeromo. Lo hemos tenío que plantá en la caye.

Malvaloca. Era naturá. Y me alegro, no te figures tú. Me han contao ya dos ó tres hasañas suyas en los tayeres, y renegaba de la hora en que le pedí á Leonardo que lo metiera aquí. ¡Ay qué gente esta mía!

El TÍO JEROMO sale del templo del trabajo en dirección a la inhospitalaria calle, torvo y mohino. Va tal cual lo vimos aparecer al principio de la jornada.

Tío Jeromo. ¡Á la caye, á morirme si es menesté en er poyete de una puerta, pero con la frente en las nubes!

Salvador. ¡Vaya usted con Dios!

Malvaloca. ¡Vaya usté enhorabuena!

El tío Jeromo los mira desdeñosamente, y se va por el postiguillo. Malvaloca y Salvador sueltan la carcajada.

Salvador. ¡Qué mamarracho es!

Malvaloca. ¡Me ha hecho grasia la manera como ha salió! Sigue la risa, que sorprende LEONARDO, que vuelve. ¿Habrá que decir que le contraría? ¡Hola!

Leonardo. Hola.

Malvaloca. Nos reímos de que ha pasao pa la caye er tío Jeromo, con toa la cara de un traidó.

Leonardo. Disculpándose. No ha habido más remedio que despedirlo.

Malvaloca. Y yo soy la primerita que se alegra. Pero, cuidao con é, que tiene malas purgas. Es mu vengativo, y capaz de inventá cuarquier cosa.

Leonardo. No sé qué ha de inventar.

Malvaloca. ¡Ni vayas tú ahora tampoco á ponerte á sacarle los sesos á lo que yo he dicho! No he quería más que prevenirte. ¿Verdá que es mu vengativo, Sarvadó?

Salvador. Sí; pero ¿qué caso ha de haserle nadie? Vamos á vé si fundimos pronto. se entra en los talleres.

Malvaloca. ¿Tú qué tienes, Leonardo?

Leonardo. Nada, mujer.

Malvaloca. No me digas que na, porque te yegan las ojeras ar pescueso. Y que ya te tengo estudiao, como los astrónomos las nubes. Se revuercan los perros, señá de agua. Vengo yo, no me resibes tú con la cara alegre, temporá tenemos.

Leonardo. No...

Malvaloca. ¡Sí! ¿Te ha molestao quisás que me estuviera riendo con Sarvadó? ¡Era der tío Jeromo!

Leonardo. No seas niña. ¿Cómo ha de molestarme una cosa así? Verás lo que hay. Tengo que anunciarte una novedad...

Malvaloca. Mía tú cómo se revorcaban los perros. No mienten las señales. ¿Te ríes?

Leonardo. Sí. Óyeme.

Malvaloca. Acaba ya, que me estás poniendo en cuidao.

Leonardo. Mi hermanita ha venido.

Malvaloca. Ya lo sé. Me lo ha dicho ése.

Leonardo. Ah, ¿te lo ha dicho ése?

Malvaloca. Sí. ¿No es más que eso to? Pos no te violentes ni te apures, que mientras esté aquí tu hermanita yo no pongo los pies en tu casa.

Leonardo. ¿Por qué?

Malvaloca. Porque se me va á torsé un tobiyo ar pasá la puerta. Sin broma: porque no está bien que yo venga, Leonardo.

Leonardo. ¿También te lo ha dicho...?

Malvaloca. No; se lo he dicho yo á é. Sarvadó lo

que me ha dicho es que á ti no te paresía mal que yo viniera.

Leonardo. ¿Ah, sí?... Es cierto... ¿sabes?... pero luego lo he pensado mejor. No debo ser intransigente. Te agradezco mucho tu resolución, Malvaloca. No vengas: yo iré allá.

Malvaloca. Ea, pos se acabó er martirio. Alegra esa cara, que no me gusta verte triste.

Leonardo. ¿Y cómo he de estar, si te quiero lo que te quiero, y tengo que esconderte como una vergüenza?

Malvaloca. ¡Vaya!
*Ya está yoviendo,
los pájaros corriendo,
la caye en bote en bote
y Periquiyo sin capote.*

Periquiyo soy yo. ¿Cuándo te vas á convensé de que remové la tierra es marsano?

Leonardo. Con dolor. ¡Según qué tierra!

Malvaloca. Con amargura. ¡Pos por eso lo digo! ¡Si ya sabes tú qué tierra soy... y en qué tierra has sembrao!

Leonardo. Perdóname. ¡Quisiera ahogar en mi alma este sentimiento siempre que estoy contigo, pero no puedo, porque á tu lado pierdo la voluntad!

Se miran.

Malvaloca. Resueltamente. Hasta luego. Me marchó.

Leonardo. ¿Te vas?

Malvaloca. Sí; no sarga la niña.

Leonardo. No temas; no está aquí. La ha llevado Teresona á ver algunos sitios del pueblo.

Malvaloca. Entonses...

Leonardo. ¿Qué?

Malvaloca. ¿Vais á fundí la *Golondrina*?

Leonardo. Sí: dentro de poco.

Malvaloca. ¿Dará tiempo á que yo lo vea?

Leonardo. ¿Á... que tú lo veas? Te diré...

Malvaloca. No; no me digas na. Aunque dé tiempo no lo veo. Te choca que entre en los tayeres.

Leonardo. Aparte de eso: es que la campana se funde como todo; como tantas cosas que tú has visto fundir. Ya está el molde en la tierra...

Malvaloca. Y que es igualito á la campana rota. Ése sí que lo he visto yo.

Leonardo. Más te hubiera interesado ver cómo deshicimos la campana rota.

Malvaloca. Es verdá. ¿Por qué no me avisaste?

Leonardo. No caí.

Malvaloca. Pos dime cómo fué.

Leonardo. Sencillamente caldeándola sobre una hoguera, y á golpe de martillo.

Malvaloca. ¿Y se hizo peasos?

Leonardo. Justo.

Malvaloca. Como si fuera de cristá.

Leonardo. Lo mismo.

Malvaloca. Y los peasos ya están derritiéndose en los crisoles.

Leonardo. Eso es.

Malvaloca. Y ahora de los crisoles van á la tierra por er bebero.

Leonardo. Cabal. Ya sabes de esto más que yo.

Malvaloca. De manera que la campana es la misma.

Leonardo. La misma... y otra.

Malvaloca. Me acuerdo de que er primer día que nos hablamos me explicaste tú mu bien esta faena. Se me quedó impreso to lo que me dijiste.

Leonardo. ¡Buena memoria!

Malvaloca. Más buena es la tuya, arrastrao.

Leonardo. ¿La mía? ¿Por qué?

Malvaloca. Por na.

Leonardo. No; por algo lo has dicho.

Malvaloca. ¡Ea! ¡Otra cavilación! Me he enamorao

der tío Cavila: un chochero que había en mi tierra, que se vorvió loco cavilando

Leonardo. Bueno; dime por qué me has dicho eso de la memoria.

Malvaloca. ¿Por qué vá á sé, silisio? ¡Porque no te cuento una cosa mía que no se te quee en la cabeza como fundía en bronsel

Leonardo. ¡Ay! ¡es verdad!

Malvaloca. Pero, ven acá, mala persona, ¿te pesa haberme conosío?

Leonardo. ¡Nunca!

Malvaloca. ¿Me quieres tú?

Leonardo. ¿Y tú me lo preguntas?

Malvaloca. Entonses, ¿qué importa lo que fué?

Leonardo. Importa, importa... Tanto me importa á mí, que solamente cuando lo olvido soy dichoso.

Malvaloca. Pos mira: se me ocurre una solusión.

Leonardo. ¡Si la hubiera!...

Malvaloca. ¡Fúndeme como á la *Golondrina!*

Leonardo. Perplejo. ¿Como á la *Golondrina?*...

Malvaloca. Ya hay una copla que habla de eso.

*Meresía esta serrana
que la fundieran de nuevo
como funden las campanas.*

¿Nunca la has oído?

Leonardo. Nunca, hasta ahora.

Malvaloca. Se conose que la ideó argún caviloso de tu linaje; de estos que quién componé la justisia der mundo. Á la cuenta se enamoró de una mujé que quisá tuviera derecho á otra suerte más buena, y sacó esa copla.

Leonardo. ¿Cómo es?

Malvaloca. Repitiéndola con todo sentimiento.

*Meresía esta serrana
que la fundieran de nuevo
como funden las campanas.*

Leonardo. Atrayéndola hacia sí con pasión. Ven acá.

Malvaloca. ¿Qué quieres?

Leonardo. Mírame.

Malvaloca. Ahora con las lágrimas no te veo.

Leonardo. Ni yo á ti.

Malvaloca. Suerta. se separa de él. Me voy. Hasta luego.

Leonardo. Adiós.

Al abrir Malvaloca el postiguillo del foro para marcharse, aparecen la HERMANA PIEDAD y MARIQUITA. Mariquita viene de gala. La presencia de ambas sorprende por igual á los dos amantes, y alegra á Malvaloca.

H. Piedad. Buenos días.

Malvaloca. ¡Mira qué visita, Leonardo!

Mariquita. Güenos días.

Leonardo. Adelante, hermana.

Mariquita. ¿Tú por aquí, mujé?

Malvaloca. Sí; pero ya me voy.

Mariquita. ¿Te vas? No te vayas. Verás á lo que vengo. No te vayas.

Leonardo. Respondiendo a una mirada de Malvaloca. Quédate.

H. Piedad. Mariquita trae una pretensión que no la ha dejado dormir en toda la noche.

Mariquita. En toa la noche; porque lo pensé al acostarme y temí que se me fuera de la cabeza. Con cansancio. ¡Ay!...

Malvaloca. Siéntese usted aquí, Mariquita.

Mariquita. Muchas gracias, hija de mi arma.

Leonardo. Y usted, hermana, siéntese también.

H. Piedad. Gracias: no es preciso. La visita será muy corta. ¿Es hoy cuando se va á fundir nuestra *Golondrina*?

Leonardo. Hoy. Dentro de un rato. Podrán verla fundir, si quieren.

H. Piedad. No haremos sino irnos á nuestra casa á

rezar por que el Señor proteja la buena obra. Y ya veo que el deseo de nuestra Superiora es fácil que se logre.

Leonardo. ¿Cuál es ese deseo?

H. Piedad. Que la campana vuelva á sonar por primera vez el día de la procesión de Nuestro Señor de las Espinas, que sale del Carmen, y que es muy venerado en el pueblo. Es día de fiesta en Las Canteras; se adornan ventanas, balcones y portales; la carrera por donde va el Señor se alfombra enteramente de romero y mastranzo; las muchachas estrenan sus vestidos, reservados para ese día... Ya verá, ya verá.

Leonardo. ¿Y cuándo es?

H. Piedad. El catorce del mes que viene.

Leonardo. ¡Pues sobra tiempo!

H. Piedad. Tanto mejor. Mucho se alegrará la Superiora.

Malvaloca. Diga usted, hermana: ¿y podré yo ir detrás de la procesión ese día con los pies descarsos?

H. Piedad. ¿Por qué no?

Leonardo. ¿Con los pies descalzos?

Malvaloca. Sí, hombre. Es una promesa.

Leonardo. ¿Cuándo la has hecho?

Malvaloca. Ahora.

H. Piedad. Sonriendo bondadosamente. De aquí allá puede meditarla.

Malvaloca. ¿Pa qué? ¿Tú te extrañas? No es la primera vez que voy detrás de una procesión de esa manera. Cuando estuvo mala mi niña... Pero, bueno, esto á nadie le importa. ¿Qué trae Mariquita por aquí?

H. Piedad. Ella lo dirá.

Mariquita. Se levanta. Pos yo traigo esto. Del seno saca un envoltorio pequeñito, y lo muestra.

Leonardo. ¿Y eso qué es?

Mariquita. Las cruses y las medayas del hijo que me mataron en la guerra.

Leonardo. ¿Y para qué las trae?

Mariquita. Como é, desde que se lo yvaron, no tenía más pío que gorré á escuchá er toque de la *Golondrina* ar lao de su madre, yo quiero que estas medayas y estas cruces que ér se ganó, se junten con er metá de la campana. ¿Puede sé?

Leonardo. ¡Ya lo creo! Basta echarlas en un crisol.

Malvaloca. Y que va á sé ahora mismo, y por mi mano.

Mariquita. ¿Por tu mano?

Malvaloca. Sí. Béselas usté la úrtima vez.

Mariquita. Despnes de besarlas. Toma, hija mía, toma.

Malvaloca. Traiga usté. Y venga usté conmigo pa verlo. ¿Has visto tú, Leonardo? ¿No hay que sé madre pa tené esta idea?

Leonardo. Sí. Anda.

Malvaloca. Voy. Venga usté, Mariquita, venga usté.

Mariquita. Vamos, hija, vamos.

Sugestionada Malvaloca, mirando las medallas y cruces, como quien lleva en la mano un tesoro, éntrase en los talleres con Mariquita.

H. Piedad. Ciertamente es buena esta mujer. Es buena, es buena...

Leonardo. ¿Verdad? ¡Cuando una desgracia irremediable cae sobre una criatura así, se rebela uno contra todo!

H. Piedad. ¿Contra todo, hermano?

Leonardo. Hermana, hay que ser santo para resignarse. Siendo hombre, no hay resignación para esto.

H. Piedad. Flores tiene el arrepentimiento; flores la piedad y el perdón.

Leonardo. ¡El amor es pasión egoísta!

H. Piedad. Cuando es grande amor, es pasión generosa también.

Vuelven MALVALOCA y MARIQUITA.

Malvaloca. Ya está. Cayeron en er fuego, y se las sorbió. Paresía que las estaba esperando.

Mariquita. ¡Pobresito mío!

H. Piedad. Se cumplió su voluntad, Mariquita

Mariquita. ¿Vive tu madre, Malvaloca?

Malvaloca. ¿Mi madre? Vamos á no hablá de eso.

Mariquita. ¿Por qué? ¿No te quiere?

Malvaloca. Vamos á no hablá de eso. Sí vive mi madre, Mariquita; sí vive, y viva mucho; pero no es como usted, por desgrasia. Á mí me gusta verla con los gemelos der revés: to lo lejos que pueo.

Mariquita. ¡Ay qué grasiosa!

Malvaloca. ¡Miste que tené yo que hablá así de mi madre! ¡Yo que siempre he sentío lástima de Adán, porque no lo cogieron en brazos!... En fin, será mi sino.

H. Piedad. ¿Vámonos, Mariquita?

Mariquita. Vámonos. Dios les pague er gusto que me han dao.

Malvaloca. ¡Cuando suene la *Golondrina* va á parecerle á usted que la yama su hijo! Usted lo verá.

H. Piedad. Don Leonardo, quédese con Dios.

Leonardo. Adiós, hermana. Adiós, Mariquita.

Mariquita. Güenos días.

H. Piedad. Buenos días.

Malvaloca. Vayan ustés con Dios. Les abre el postiguello y las deja pasar. Una y otra se marchan sonriéndole.

Leonardo. Con explosión de amor desbordado en vehementes palabras. ¡Ven acá tú, Malvaloca; ven acá tú; que cada momento que pasa te quiero más! ¡Ven acá: no te vayas ahora de aquí, ni te vayas nunca de mi lado!

Malvaloca. Quitá, loco.

Leonardo. ¡Te quiero por buena; te quiero por hermosa; te quiero por desventurada! ¡Mírame á los ojos y que yo te mire y me recree, única mujer á quien he querido!

Malvaloca. ¿Yo?

Leonardo. ¡Tú! ¡Nunca te he dicho esto, pero es hora ya de que lo sepas!

Malvaloca. ¡Leonardo!

Leonardo. ¡Á ti, á ti sola he querido y querré! ¡Ya no sé vivir si no es porque sé que tú vives! ¿Me quieres tú también de este modo?

Malvaloca. ¡Te quiero más toavía! ¿Quién me ha hablado nunca como tú?

Por la puerta de la casa aparece en esto JUANELA, inquieta y turbada. Los amantes, que tanto la adivinan como la ven, se separan instintivamente.

Leonardo. ¿Eh?

Malvaloca. ¿Qué?

Juane'a. ¡Ah! ¡Es ella!

Leonardo. ¡Juanela! ¡Hermana! ¡Ven aquí!

Juanela. No; déjame... No sabía...

Leonardo. ¡Sí sabías! ¡Tú has dicho que es ella! ¿Qué has querido decir con eso?

Malvaloca está sobrecogida y temerosa. Leonardo, excitándose á cada palabra, trata de detener á su hermana y de hacerle respetar y comprender su vivo sentimiento.

Juane'a. Nada; no... Déjame, déjame...

Leonardo. ¡No; no quiero que te vayas así...! ¿Por qué tiemblas ante esta mujer? ¿Qué te han dicho? ¿Quién te ha engañado?

Malvaloca. ¡Er tío Jeromo!

Juanela. Nada, nada me han dicho.

Leonardo. ¡Sí! ¡Y en lo que te han dicho mintieron! ¡Quién es esta mujer sólo yo he de decírtelo y á mí sólo tienes que creerme! ¡Los demás qué saben! ¡No te dirán sino que es mala, que es mala y que es mala!... ¡Ah! ¡si fuese maldad la desventura, no habría nacido una mujer más mala que ésta!

Juanela. Cálmate, Leonardo.

Leonardo. ¡Pero yo conozco su vida, y su alma, y sus dolores!... ¡Ella no tuvo como tú quien velara por su pudor, sino quien por desconocerlo lo profanara y lo vendiera!... ¡Por aquella casa de donde salimos juntos los dos, yo te juro...! Perdóname... Me exalto hasta

no ser dueño de mis palabras... Temo herirte también... Déjame... déjame. Ya te hablaré tranquilo. Ahora déjame.

Juanela. Sí, sí; te deajo, hermano. Ahora es mejor... Te deajo... Angustiada, llorosa. ¡Jesús, Dios mío! Vuélvese á la casa sin poder dejar de mirarlo.

Leonardo. Acercándose otra vez á Malvaloca. ¡Te perdonarán todos! ¡Te respetarán todos! ¡Es ya loco empeño de mi vida! ¡Todos olvidarán lo que fuiste!

La voz de SALVADOR llamándolo desde el interior de los talleres lo hiere y lo estremece súbitamente.

Salvador. ¡Leonardo!

Leonardo. ¡Ay! ¡Todos... menos yo!

Salvador. Asomándose. Leonardo.

Leonardo. Con brusca sacudida; como si despertara de un sueño. ¡Qué!

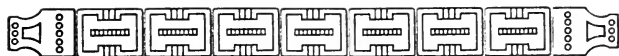
Salvador. Ya estamos listos. ¿Vamos á fundir la *Golondrina*?

Leonardo. Vamos, sí. Á Malvaloca. ¿Vienes tú?

Malvaloca. No. Hasta luego.

Leonardo. Hasta luego. Entrándose con Salvador en los talleres. Vamos á fundir la *Golondrina*.

Malvaloca. Con íntimo dolor, que se deshace en copioso llanto. ¡Quién fuera bronce como eya!



ACTO TERCERO



Sala baja, de blancas paredes y techo de bovedillas azules en casa de Leonardo. Al foro una gran puerta por la que se ve el patio, destartalado y viejo. Á la derecha del actor otra puerta que conduce á las habitaciones interiores. Á la izquierda una ancha ventana enrejada, que da á la calle, y cuyo alféizar viene á estar á un metro del suelo. Al pie de él hay un amplio escalón. El marco de la ventana aparece adornado, por la festividad del día en que la acción se desarrolla, con cortinas de encajes blancos y lazos de colores. Enredadas en el herraje hasta lo alto, ramas de lentisco y romero. Sobre el alféizar, y en aros sujetos á los hierros horizontales, macetas con flores. Suelo de losetas. Pocos muebles. Una mesa de pino cerca de la ventana espera las flores que han de arrojarse luego al paso de la procesión.

Es por la mañana en el mes de Junio.



JUANELA, TERESONA y ALFONSA, vestidas como de día de fiesta, terminan el adorno de la ventana. Con ellas están DOÑA ENRIQUETA y DIONISIA, que para ataviarse han sacado también el fondo del baúl. Alfonsa es una sobrinilla de Teresona, de traza lugareña, que ha venido de su pueblo natal á la fiesta de Las Canteras en aquel día, y en quien el sentimiento de la admiración es cosa esencial. Doña Enriqueta y Dionisia en cambio no parecen admirarse de nada. Son esposa é hija del dueño de un famoso refino del pue-

blo, y hablan con cierta afectación de finura, á la que no cuadra muy bien su casi total desconocimiento de la ele.

Alfonsa. En lo alto de una silla. ¿Ha quedao con gracia este moño, tía Terezona?

Terersona. Ha quedao, ha quedao con grasia. Bájate ya, y vamos á dejá el adorno de la ventana, que ya no nesesito más na.

Juanela. Sí que está bonita de veras.

Alfonsa. Alejándose un poco de la ventana para verla mejor. ¡Ay, qué precioza! ¡Ay, qué precioza está! ¿No es verdá que está mu precioza?

Dionisia y doña Enriqueta se rien del candoroso entusiasmo de Alfonsa.

Dionisia. ¡Qué chiquiya esta! Se armira de todo.

Doña Enriqueta. Á nosotras no nos gustan estas fiestas der pueblo. ¡Son más *cúrsiles!*

Terersona. ¿Que son *cúrsiles?* Pos yo las encuentro mu naturales.

Juanela. ¿De verdad no les gustan?

Dionisia. Á mí no.

Doña Enriqueta. Ni á mí.

Dionisia. Ni á papá.

Juane!a. Quizás la costumbre de verlas todos los años. Yo, como forastera, les confieso á ustedes que no he visto nunca nada más pintoresco ni más lleno de simpatía que el adorno de todas las calles por donde va á pasar la procesión.

Doña Enriqueta. Usté ¿qué ha de desirnos á nosotras?

Juanela. Lo que siento: la pura verdad.

Alfonsa. No lo nieguen ustés, zeñoritas; zi hay algunos zanguanes que zon artares; ¡con tanto encaje blanco y tanta maceta de arbahaca!... Pos ¿y las cayes, que paecen arfombrás de ramas verdes? ¡Miste, miste qué oló entra por la ventana! ¡Ay! ¡ay! ¡Ze esmaya una!

Doña Enriqueta. Olores der campo.

Dionisia. Mejorana y tomiyo. ¡Si vamos á armirarnos de eso!

Teresona. Es que mi sobrina también es forastera.

Alfonsa. ¡Y me alegro de habé venío der pueblo á vé este día! ¡Ay! ¡ay! ¡Cómo están ezas cayes! ¡Cómo están ezas cayes!

Doña Enriqueta. Cáyate de las cayes, por Dios, que se ve cada irrisión de barcón adornado...

Dionisia. ¡Cada mamarracho se ve!

Teresona. ¿En las cayes?

Doña Enriqueta. En las cayes, sí. Saludando por la ventana á unas amiguitas que pasan. Adiós, Matirde.

Dionisia. Adiós, Ervira.

Juanela. Vayan con Dios. ¿No quieren entrar un ratito? ¡Hasta luego entonces!

Alfonsa. ¡Ay qué bien vestías que van! ¡Ay qué de moños yevan! ¡Ay qué alegantes!

Doña Enriqueta. ¡Er cormo, hija, er cormo!

Dionisia. ¡Er cormo, mamá!

Se presenta en la puerta del foro LOBITO, que viene de la calle y á quien es difícil reconocer. No es el operario tiznado y roto de la fundición: es un galán de pueblo de lo más lucido. Á la oreja trae un clavel, y otro en el sombrero, probablemente para ofrecérselo á alguien.

Lobito. Antes de que nadie lo vea. (¡La pringamos! Las tontas der refino aquí.) ¡Güenas tardes!

Juanela. Buenas tardes.

Teresona. Ven con Dios, Lobito.

Alfonsa. ¡Hola, Inacio!

Doña Enriqueta. Buenas tardes.

Dionisia. Buenas tardes.

Alfonsa. ¡Mía qué alegre tú también!

Lobito. Mujé, la fiesta lo pie. Er día e la prosesión, y er día en que va á soná otra vez la *Golondrina*, ¿no se va uno á poné lo mejó que tenga?

Alfonsa. ¡Y trae cadena, tía! ¿Lo ha reparao usté?

Lobito. Sí que traigo cadena.

Juanela. Y muy vistosa.

Lobito. Reló es lo que no traigo.

Alfonsa. ¿No traes reló?

Teresona. ¡Er demonio eres!

Lobito. No, que no lo traigo. He enganchao la forforera ar cabo e la cadena pa que haga peso. Pero er gorpe lo doy. Más e cuatro mositas se me han quedao mirando. Y si me preguntan por *chufía* la hora que es, sargo con otra *chufía*.

Risas.

Alfonsa. ¡Ay qué ange tiene!

Teresona. Oye, Lobito, ¿es verdá que ha habío gorpes en la Alamea?

Lobito. ¡Y los que tiene que habé toavía de aquí á que suene la campana! Los de la *Sonora* se habían figurao que ya estaba la suya sola pa siempre, y er que más y er que menos tiene un berrinche que va á reventá de coraje.

Doña Enriqueta. ¡Qué bárbaros!

Dionisia. Eso es sarvajismo.

Doña Enriqueta. ¿Usté ve cómo son muy sarvajes en este pueblo?

Juanela. ¿Y cuándo va á sonar por fin la campana, Lobito?

Lobito. Cuando güerva er Señó de la posesión por er pueblo, y entre en su casa. Así lo ha dispuesto la Superiora. Y ar que hay que oí es á Martín er siego.

Juanela. ¿Á quién?

Lobito. Á Martín er siego; er campanero que ha sío siempre de la *Golondrina*. ¡Pobresiyó! se sartan las lágrimas. Paese que le ha resusitao una hija. Tres noches hase que no duerme. Ér dise que no le importa morir con er primer tañío; pero yo creo que de veras

se va á morir. Los pelos se ponen de punta escuchando al hombre.

Alfonsa. ¡Ay! ¡ay! ¡qué coza! ¡qué coza! ¿Y á qué hora paza por aquí la procezi3n, Inacio?

Lobito. Por el Arresife iba hase un ratiyo. De manera que de aquí á media hora vendrá por esta caye.

Teresona. Va á sé menesté i preparando ya las flores.

Alfonsa. ¿Vamos á cortarlas?

Lobito. Vamos. Yo te ayúo.

Teresona. Ahora iré yo pa ayá.

Alfonsa. Anda. Se va por la puerta del foro, hacia la derecha.

Teresona. Á Lobito, que va á seguirla. Cuidao con las flores, Lobito.

Lobito. Á mí encárgueme usté cuidao con las frutas. Las flores se güelen na más; y las frutas se comen. Ya usté me entiende. Se va detrás de Alfonsa.

Teresona. ¡Qué granuja es! Pero ¿qué va á hasé una, si paese que le gusta la muchacha? Es tan naturá que á los muchachos les gusten las muchachas... y que las personas mayores nos quitemos de su alreledó... Es tan naturá...

Dionisia. Claro: cada oveja con su pareja.

Doña Enriqueta. ¿Damos nosotras un paseito?

Dionisia. Bien pensado: daremos una vuerta.

Doña Enriqueta. ¿Usté viene?

Juanela. ¿Por qué no?

Dionisia. Nos toparemos con mucho *pueblerío*, pero ¿qué remedio?

Juanela. ¿Y qué importa? No van á comernos tampoco.

Doña Enriqueta. Ahí va la del arcade. Vámonos con eya.

Dionisia. ¡Doña Casirda!

Doña Enriqueta. ¡Doña Casirda! ¡Espérenos usté!

Dionisia. Vamos.

Juanela. Vamos allá.

En esto aparece SALVADOR por la puerta del foro, también de tiros largos.

Salvador. Vaya con Dios lo más fino der pueblo... y de fuera der pueblo.

Doña Enriqueta. Favó que usté nos hase.

Dionisia. Buenas tardes.

Juanela. Buenas tardes. Usted siempre el mismo.

Salvador. ¿Se marchan ustedes?

Doña Enriqueta. Á dar un par de vueltas mientras viene la prosesión.

Salvador. No tardará mucho.

Dionisia. Cos? de media hora. Ya hemos hecho er cárculo.

Salvador. ¡Pos hoy en la cayé se saca novio!

Doña Enriqueta. ¿Vamos?

Dionisia. Vamos.

Salvador. ¡Cuidao si han venío [forasteros! Y er tiempo está de nuestra parte. Con la yuvia de ayé ha refrescao, y da gusto andá por ahí. Con que por mí no detenerse.

Dionisia. Vamos, mamá, que nos espera doña Ca sirda.

Doña Enriqueta. Vamos, sí.

Juanela. Vayan ustedes, que allá vey.

Se marchan doña Enriqueta y Dionisia por la puerta del foro hacia la izquierda. Juanela se detiene un momento con Salvador.

Teresona. Pocas personas me hasen á mí daño en er mundo; porque yo, en güena hora lo diga, pa to encuentro discurpa; pero á esta mamá y á esta niña, que se han tragao er moliniyo der chocolatero, no las pueo resistí.

Salvador. Á mí me hase gracia la manera de hablá que tienen. Paese que han aprendío con er maestro der cuento: «¡Niño: sordado, barcón, ardaba y mardita sea tu arma, se escriben con ele!»

Teresona. ¿No sabe usted cómo le yaman ar mario?

Juanela. Deje usted eso, Teresona. Oiga usted, Salvador.

Salvador. ¿Qué me manda usted, carita de lástima?

Juanela. ¿Se ha enterado usted de lo de hoy?

Salvador. No. ¿Otro desatino de Leonardo?

Juanela. Otro capricho. ¿Lo de ayer sí lo sabe?

Salvador. Sí; que le dió dos bofetás á uno porque dijo yo no sé qué de Marvaloca. Me lo contaron por la noche. ¿Y lo de hoy, qué es?

Juanela. Que se ha empeñado, quizás como consecuencia de lo de ayer, en que venga aquí esa mujer á presenciar el paso de la procesión con nosotras.

Salvador. ¡Pero si yo creía que eya iba á í detrás der Señor con los pies descarsos!

Juanela. Eso quería ella; pero él se lo quitó de la cabeza.

Salvador. Y en cambio se empeña en que venga aquí. Está loco.

Juanela. Imagine usted... ¿Quién convence á la gente?... Estas amigas yo no sé lo que harán todavía; pero otras que se han enterado se han excusado de venir. Hable usted con él, no para persuadirlo de que ella no venga, que puesto que él lo quiere y esta es su casa...

Salvador. Caye usted por Dios.

Juanela. Sino para aconsejarle prudencia, discreción... un poco de respeto á los demás... Él tiene que vivir con las gentes...

Salvador. Será inútil cuanto le diga; pero le hablaré una vez más, ya que usted lo desea. La última, por supuesto.

Juanela. Aunque sea la última; no deje usted de hablarle, Salvador. Yo no puedo discutir con él porque desde niña he sido dócil á cuanto él ha querido. He tenido siempre absoluta fe en su bondad. «Lo hace mi

hermano, está bien hecho seguramente.» Así he pensado y he sentido toda mi vida. Pero ahora... ahora le confieso á usted, Salvador, que tengo un torbellino en la cabeza.

Salvador. Está loco.

Juanela. No, no está loco. No habla como un loco... Yo, á solas conmigo, muy á solas, comprendo á mi hermano, no crea usted. La razón podrá no tener sentimiento; pero el sentimiento siempre tiene razón.

Salvador. Bien, bien; deje usted los pucheros. Yo hablaré con él... Ande usted, que las amiguitas la aguardan.

Doña Enriqueta. Desde la calle. ¿No viene usted, Juanela?

Juanela. Sí; en seguida voy. Perdonen ustedes. A Salvador. Le voy á decir á Leonardo que está usted aquí. Se marcha por la puerta del foro, hacia la derecha, y luego se la ve cruzar hacia la izquierda por el patio.

Salvador. ¡Inosente chiquiya! ¡Vaya un viajesito de recreo que le ha dao el hermanito! Y á ér sí que le ha tocao la china negra.

Teresona. Por causa e la gente que lo envenena to. Él es güeno; eya es güena; la otra es como er pan. ¿Es posible que pase na malo entre tres personas tan güenas? ¡Qué disparate! Es lo que yo digo: ¿hay Dios ó no hay Dios? Pos si hay Dios, y nadie hase más que lo que Dios quiere... Dios tiene ya edá pa sabe lo que hase.

Salvador. Eso es vé las cosas como Dios manda.

Teresona. Ni más ni menos. Aquí yega.

Salvador. ¿Dios?

Teresona. ¡Don Leonardo! ¡Siempre ha de andá usted de chirigotas! Me voy yo á echarle un vistaso á la otra pareja

Viene LEONARDO de allá dentro por la puerta del foro. Teresona lo deja pasar, y se aleja hacia la derecha, mirando á los dos compañeros.

Leonardo. Me ha dicho Juanela que me llamas. ¿Qué quieres?

Salvador. Verte, lo primero. Después, charlá contigo un rato. ¡Si hase lo menos ocho días que casi no crusamos la palabra! Á mí se me ha figurao que me huyes.

Leonardo. ¿Huirte?

Salvador. No pases cuidao, que no te vi á pedí cuentas der negocio. Tengo en ti entera confiansa.

Leonardo. ¿Y para darme estas bromas de chico me has llamado?

Salvador. Contrastes de la vida, hombre. Tú la tomas demasiao en serio, y yo tar vez demasiao en broma.

Leonardo. Tal vez.

Salvador. Sólo que las veras de los bromistas, cuando se ponen serios, por lo mismo impresionan más. Y ahora va de veras.

Leonardo. Milagro.

Salvador. De veras va. Cariñosamente. ¿Cómo marcha ese corasón, compañero?

Leonardo. Destrozándose, pero dichoso.

Salvador. Muy bien. Y la cabeza loca, pero feliz.

Leonardo. Tú lo has dicho.

Salvador. Y to eso por una mujé.

Leonardo. ¿Por quién mejor?

Salvador. Pos tocante á esa mujé vamos á echá un párrafo.

Leonardo. Prefiero que lo dejes.

Salvador. Es que también hase muchos días que no hablamos de eya.

Leonardo. Ni hay para qué.

Salvador. Ahora, sí.

Leonardo. De esa mujer nadie sabe hablarme. Y menos, tú.

Salvador. No va el aire por donde siempre. Se trata

de otra cosa. Esa mujé, Leonardo, le preocupa á tu hermana.

Leonardo. No. Le preocupo yo. Y no por ella ni por mí, sino por la gente. Bien lo sé; bien lo veo. Pero mi hermana se va con mis tíos, y día llegará en que también á propósito de la gente piense lo que yo.

Salvador. Ah, ¿se va tu hermana?

Leonardo. Sí; se va. Y pronto. Pasado este día, muy pronto. Yo no quiero que nadie, ni siquiera ella, á quien yo he enseñado á ser libre y fuerte, comparta conmigo este sacrificio.

Salvador. ¿Es por las señas irremediable que la aventura dure mucho?

Leonardo. Esto no ha sido nunca una aventura. Y durará toda mi vida.

Salvador. ¿Toda tu vida?

Leonardo. Sí. Como nunca has querido si no mirabas libre el camino por donde habías de huir, no puedes comprenderme. Malvaloca es mi vida entera. ¡Con qué placer más doloroso junto á mi suerte la de esa mujer!

Salvador. No te comprendo, no. Allá tú con tus cavilaciones y tus teorías. Pero, en cambio, si no me explico esa manera de sacrificarse por una pajarita que se encuentra en la caye, sé darme cuenta de otras cosas.

Leonardo. Molesto. ¿De cuáles? ¡Y elige las palabras, por Dios!

Salvador. Óyeme, y contéstame con la verdá, tú que tan frecuentemente me la predicas. Hase tiempo que le estoy dando vueltas en la imaginación á esta idea, y cuando yo menos lo esperaba le ha yegao su punto. ¿Te sorprendería mucho que yo desapareciese der pueblo?

Leonardo. ¿De Las Canteras, tú? Pero ¿adónde has de irte?

Salvador. No es eso lo que te pregunto. ¿Te sorprendería?

Leonardo. Quizás no.

Salvador. ¿Y te alegrarías? La verdad, Leonardo.

Leonardo. La verdad: sí.

Salvador. Lo sé. Como sé también que no dejarás de sentirlo, porque nuestra amistad no es de juego. Pero debo irme de tu lado, y me iré. Sin que yo pueda remediarlo, te lastimo, te hiero, te traigo á la memoria lo que tú quisieras borrar del mundo. Y consigas olvidarlo ó no, no viéndome á mí te librarás de muchas saetas. Yo no entenderé de cariños grandes de hombres pa mujeres; pero de cariño de un amigo pa otro, sí que entiendo. Va con mi condición, por lo visto. Me he pasado la vida engañando mujeres, y no he podido engañar á ningún hombre. ¡Y quiero más á las mujeres, que es lo grande! ¿Entiendes esto tú?

Leonardo. Entiendo ahora tu generosidad. Perdóname si alguna vez te llamé egoísta.

Salvador. Bueno, pos se acabó lo que se daba. Dame un abrazo.

Leonardo. Sí.

Salvador. Y tan amigos... desde lejos. ¿No?

Leonardo. Lo que quieras... No puedo hablar.

Salvador. Pos hablaré yo mientras te pasa, pa animarte. No seas tonto, Leonardo, no seas tonto. Despiértate de esa pesadilla; sacúdete el arma. Mira que hay más mujeres que estreyas, y que da lástima que un hombre como tú...

Leonardo. Cállate.

Salvador. ¿Por qué me he de cayá? ¿Te figuras que hay ningún nacido que yeve las cosas al extremo que tú las yevas?

Leonardo. ¿Y te figuras tú que vivo yo con el alma de nadie? ¡Mi dolor sólo está en mi pecho! ¡Mi dolor es mío; como es mía la íntima satisfacción de padecerlo!

¡Quién pudiera olvidar! ¡Dichosos los hombres cuyos besos á una mujer no se hieren de encontrarse las huellas de otros besos!... Yo no tengo celos ni de ti ni de nadie; tengo celos de toda una vida. ¡Y esa vida es la que quiero para mí! Compadéceme. Alguien viene. Que no me vean llorar. Abraza á su amigo y se entra por la puerta de la derecha

Salvador. ¡Pobre compañero!

Llega de la calle MALVALOCA, vivamente, como si rastreara la huella de Leonardo. Viste un traje sencillo y trae sobre los hombros amplio velo negro de encaje.

Malvaloca. ¿Y Leonardo? ¿No estaba aquí Leonardo?

Salvador. ¡Hola!

Malvaloca. Hola, hombre. ¿No estaba aquí é?

Salvador. Aquí estaba. Pero sintió pasos, y se marchó creyendo que era arguien.

Malvaloca. Pos no era más que yo.

Salvador. Pos no te ha conosío.

Malvaloca. Será por la buya de la caye. ¿Dónde está?

Salvador. Ayá dentro se fué por ahí.

Malvaloca. ¿Por aquí?

Salvador. Por ahí. Escúchame.

Malvaloca. ¿Qué quieres?

Salvador. Desirte una cosa.

Malvaloca. Pónmela por escrito.

Salvador. ¿Por escrito?

Malvaloca. Sí. Ya sé escribí y leé. Ér me ha enseñao.

Salvador. ¿También á escribí?

Malvaloca. Toavía no sé der to. Pero ya pongo algunas letras. Sé poné su nombre y er mío. Hasta luego.

Salvador. Espérate.

Malvaloca. ¡Que no!

Salvador. ¿Por qué no?

Malvaloca. Porque quieo perderte de vista.

Salvador. ¿Tú también?

Malvaloca. Yo también.

Salvador. No me extraña. To se pega en er mundo. Y te vas á salí con eya muy pronto. Pienso que separemos er negocio, ¿oyes?

Malvaloca. Bien pensao.

Salvador. Pa irme yo de Las Canteras, naturalmente.

Malvaloca. Eso está más bien pensao que lo otro.

Salvador. ¿Te gusta la idea?

Malvaloca. ¡Uh! Has tenío un yeno. Por mí y por é me gusta. Á enemigo que huye...

Salvador. ¿Soy yo tu enemigo, Marvaloca?

Malvaloca. Ar presente sí. Er tiempo da y quita. Vete ya.

Salvador. Ya me voy. ¿No te remuerde la consciencia de lo que has hecho con ese hombre?

Malvaloca. ¿Y qué he hecho yo? ¡Quererlo!

Salvador. Vorverlo loco.

Malvaloca. Loca estoy yo también. Y de la misma rama de locura. Hemos corrió la misma suerte.

Salvador. ¿Es posible?

Malvaloca. No siempre han de juntarse uno que quiere y otro que se deja queré. Aquí hay dos que se quieren.

Salvador. Pos yo te aconsejo, Marvaloca...

Malvaloca. Mira, pelegrino, vete ar desierto á predicá. Te va á tené la misma cuenta...

Salvador. Está bien.

*Castiyos he visto yo
abatíos por la tierra...*

Como ese hombre te esconde de mí, quéate con Dios, por si ya no nos vemos.

Malvaloca. Adiós.

Salvador. La mano, mujé. ¿Ni la mano siquiera, por lo pasao?

Malvaloca. Por lo pasao, na.

Salvador. Pos la mano de despedía, como dos amigos.

Malvaloca. Eso sí.

Salvador. Gracias. Adiós.

Malvaloca. Adiós.

Salvador. Yo siempre soy er misino.

Malvaloca. Pos yo ya soy otra.

Salvador. Adiós. Se va á la calle turbado el espíritu por contradictorios sentimientos.

Malvaloca. Hase bien en quitarse de enmedio. ¿Y Leonardo? Yo no me atrevo á entrá.

Vuelve del jardín ALFONSA y LOBITO, por donde se marcharon. Alfonsa trae un canasto con flores, que vuelca en la mesa, y prendidos al pecho los dos claveles de Lobito.

Alfonsa. En la meza me ha dicho tía Terezona que las vuerque. Azí.

Lobito. ¿Y no estaría mejó formá unos ramos?

Alfonsa. No, zeñó; porque zuertas hay más. Y ze tiran más bien.

Malvaloca. ¡Lobito! ¿Eres tú?

Lobito. Volviéndose. ¿Eh? ¡Güenas tardes! ¿Usté por esta casa?

Alfonsa. Güenas tardes. Admirada de Malvaloca. ¡Ah!...

Malvaloca. No eres conosío. El arcade me paresiste.

Alfonsa suelta una carcajada que se oye en su pueblo. Lobito ríe también.

Lobito. Miste qué gracia le ha hecho á ésta.

Malvaloca. ¿Te has puesto así pa sacá novia?

Lobito. Tras de eso andamos.

Llega presurosa JUANELA, con cierta emoción.

Juane'a. Buenas tardes.

Malvaloca. Algo desconcertada. Buenas tardes.

Juanela. La vi entrar á usted, y me separé de unas amigas... ¿Y Leonardo?

Malvaloca. No sé.

Juanela se asoma á ambas puertas.

Lobito. Tú, vámonos nosotros por más flores.

Alfonsa. Vámonos, zí; que toas zon pocas pa er Zeñó.

Lobito. Y que aquí no hasemos farta ninguna.

Se retiran Lobito y Alfonsa. Los ojos de Juanela delatan una gran curiosidad ante Malvaloca.

Malvaloca. ¿Usté sabía que yo iba á veni?

Juanela. Por mi hermano.

Malvaloca. Yo no quería; esta es la verdá.

Juanela. También lo sé. Pero cuando él se obstina en alguna cosa... ¿No se sienta?

Malvaloca. Así que ér sarga. Usté me dispensará que se lo diga, pero á su lao me paese que estoy en mi sitio en toas partes, y cuando me farta é no me hayo en ninguna. Y menos aquí.

Juanela. ¿Por qué?

Malvaloca. Ya lo comprende usté sin que yo se lo explique. ¿Quiere usté yamarlo?

Juanela. Ahora vendrá.

Malvaloca. Yo no sé cómo usté, que es su hermana, mirará este cariño nuestro.

Juane a. Á mí me duele verlo abatido... y verlo llorar.

Malvaloca. No hay cariño sin lágrimas.

Juanela. ¿Usted cree?

Malvaloca. Y Leonardo ha tenió la desgrasia de tro-pesarme en er camino un poco tarde. Cuando yo vi de la manera que me quería, pensé dejarlo, por librarlo de esta cadena; pero ya no me fué posible: me ataban los mismos eslabones.

Juanela. ¿Tan fuertes son?

Malvaloca No hay yunque en que se rompan ni fuego que los deshaga tampoco. Á gorpe de corasón se han formao; y yo no he sabió que tenía corasón hasta que sentí á mi lao er de ese hombre. Sonó er suyo, y er mío le respondió como un pájaro. Primero doy la vía

que dejá de oírlo y de contestarle. Yo, que en este mundo lo he dao to, esto no lo doy.

Juanela. Ya veo que ha sido una desgracia.

Malvaloca. Pa Leonardo, según usté lo mire. Pa mí ha sío como vorvé á nasé. Y ese es mi martirio: que quisiera vorvé á nasé de verdá pa encontrármelo como ér se merese.

Juanela. ¡Pero eso es imposible!

Malvaloca. Pos por ese imposible son las lágrimas de los dos.

Juanela. Pues es bien doloroso.

Malvaloca. Más dolorosa ha sío mi vía, y toavía es toy de pie.

Juanela. ¿Más dolorosa aún?

Malvaloca. ¿Pero no oye usté, niña, que ahora es cuando empieso á viví? ¡Mi vía de antes...! ¡Qué sabe usté de penas!... Si en la frente la yevara escrita... Bueno, no me gusta alabarme. Er resurtao es que Leonardo y yo nos habemos metío en un tune que no tiene salía... ni más luz que la que nosotros mismos le pongamos ar tren. ¡Y no se apure usté demasiao, que de cuando en cuando habrá luminarias! Á mí Dios me alumbrá los pasos. En los apuros más grandes en que me he visto, siempre he tenío un arranque pa serrá los ojos y seguí. Esto es en mí nativo, como er negro de los cabe-yos. ¿Quién viene?

DOÑA ENRIQUETA y DIONISIA llegan de improviso. Vienen un tanto sofocadas. Poco después que ellas, vuelven ALFONSA y LOBITO con más flores, que esparcen en la mesa, como antes. Les llama la atención el diálogo de la hija y la madre con Juanela, pero se limitan á comentarlo entre sí con gestos significativos.

Doña Enriqueta. ¡Ay, señó, qué arboroto y qué buyal!

Dionisia. ¡Y qué gente más atrevida!

Doña Enriqueta. Hiso usté muy bien en vorverse. Viendo á Malvaloca, y con aire de sorpresa y disgusto. ¿Eh?

Dionisia. ¿Cómo?

Malvaloca. Buenas tardes.

Doña Enriqueta. ¿Qué es esto?

Hay un angustioso silencio. Hija y madre se miran asombradas.

Juanela. Turbadísima. ¿De manera que por ahí no se puede andar, es verdad? Ya me lo figuraba...

Doña Enriqueta. Ni se puede andar por ahí, ni se puede estar tranquila en ninguna parte. Nos vamos.

Juanela. ¿Que se van ustedes?

Dionisia. Sí. Á mí me ha dado un mareíyo...

Doña Enriqueta. Sí; le ha dado un mareíyo...

Juanela. Le haremos una taza de te...

Doña Enriqueta. Gracias. Vámonos, hija.

Dionisia. Vámonos, mamá.

Juanela. ¿Pero no van á ver la procesión?

Doña Enriqueta. Sí; pero la veremos entrar en la iglesia. Vámonos.

Dionisia. Vámonos.

Doña Enriqueta. Buenas tardes, Juanela.

Juanela. Buenas tardes. No saben lo que me contraría...

Doña Enriqueta. Huerga la explicación. Buenas tardes. A Dionisia, yéndose. ¿Has visto, hija, has visto?

Dionisia. ¿Has visto, mamá?

Doña Enriqueta. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡qué atrevimiento!

Se van alteradísimas por la puerta del foro, hacia la izquierda. Alfonso y Lobito se han ido un poco antes por la misma puerta, hacia la derecha.

Malvaloca. Humildemente, á Juanela. ¿Se van... porque me han visto aquí? Juanela, sin querer, hace un gesto de asentimiento triste. Por usted más que por mí me duele. ¿Ve usted? Si no hubiera venío...

Sale LEONARDO por la puerta de la derecha.

Leonardo. ¿Qué?

Malvaloca. Dios te guarde, hombre.

Leonardo. ¿Qué ha sido? ¿Qué hablabais?

Juanela. No .. nada...

Leonardo. Sí. Dime lo que ha sido.

Juanela. Doña Enriqueta y su hija Dionisia .. que llegaron...

Leonardo. Y se fueron al ver á Malvaloca, ¿no?

Malvaloca. Sí.

Juanela. Sí.

Leonardo. Váyanse enhorabuena. Y otras amigas no han querido venir, porque ya sabían... En buen hora también. Allá todos con su conciencia... ¡pero que no paseen á Jesús por las calles del pueblo!

Juanela. Voy por más flores para cuando pase por aquí. Se va por la puerta del foro, hacia la derecha.

Leonardo. Ya lo ves: te huyen.

Malvaloca. Tu hermana, no.

Leonardo. Mi hermana, no. Las otras.

Malvaloca. Las otras que huyan. Mientras no huyas tú...

Leonardo. ¿Á ti te basta?

Malvaloca. ¿Pa qué quiero yo más en er mundo? ¿Quién me ha dao la sombra que tú? Eso que se dise tanto: «Yo soy tuya», aquí es argo más que palabras. ¡Leonardo, yo soy tuya!

Leonardo. ¡Tú eres mía!

Malvaloca. ¡Tuya! Porque vivo sólo pa ti y porque tus pasos son los míos. Levanta los ojos der suelo, caviloso, y mírame á la cara. ¡Mía que vi á enselarme de las losetas! Vamos, menos má que ya te sonries. ¡Si no tengo más que tus brazos; si me he amparao de eyos como quien se ampara á las ramas de un arbo porque ayí se haya á gusto! Con graciosa transición. ¡Pero no quiero que seas un sause! Prefiero un naranjo, que da fló y da fruto... y que ni en el invierno pierde las hojas. ¿Te has enterao?

Leonardo. Apasionadamente. ¡Bendita seas tú, que si yo soy el árbol que te ampara, son tus palabras el aire que lo oreala!

Malvaloca. ¡Qué romántico eres! ¡Lo que te quiero yo, terremoto!

Leonardo. ¡Y qué dicha es quererse así! El mundo ya no existe: no existimos más que tú y yo.

Malvaloca. ¡Mía que esto nuestro ha sío una candelál! ¡Uh! Yevaba yo mi carguita de leña al hombro, empestaste tú á dá suspiros... y á la media hora ardía to er bosque. Y no hay como este fuego, ¿verdá?

Leonardo. No hay como este fuego. No hay como tú.

Malvaloca. ¡Qué bonito es enamorarse! Está una con la persona que quiere, más cuando se va que cuando la tiene á su lao. Te dispiertas en la noche y no ves otra cosa; te duermes, y sueñas con eya; te levantas, y toa tu idea es verla aparesé por alguna parte. Que viene, que no viene; que me dijo ayé, que no me dijo; que se rió, que no se rió; que yora, que se ensela; que la gracia con que pone er sombrero en la siya; que se va, que no te vayas, que se tiene que í; que vuervas á la tarde, que mira que vuervas, que por Dios que vuervas; que se fué; que hasta luego... ¡qué vorvió de pronto pa sorprendermel... ¡Ay, Dios mío! ¡No hay cosa como esta!

Leonardo. ¿Te has enamorado tú muchas veces, Malvaloca?

Malvaloca. ¿Quién, yo? Una na más. ¡Pero ha tenío eco!

Leonardo. ¿Una nada más? ¿De quién?

Malvaloca. ¡De don Pelayo! Leonardo se rie. ¿No fué don Pelayo er que conquistó las Asturias, ó me has engañao tú?

Leonardo. Yo no te engaño nunca.

Malvaloca. ¡Pos de don Pelayo me he enamoraol ¡De ti, fundidó; de ti me he enamoraol en este mundo! ¡De ti, que eres más serio que don Pelayo! Te avierto que don Pelayo, en Seviya tiene una caye y to. En er número tres ha vivío mi persona. ¡Quién sabe si ayí empesó nuestra simpatía!

Leonardo. Embelesado. ¡Quién sabe!

Malvaloca. ¿Te acuerdas der día que nos conosimos en er Convento?

Leonardo. ¿No me he de acordar?

Malvaloca. Na más que nos miramos, y se vió ese relampaguito que briya siempre entre dos que se van á queré.

Leonardo. Y luego, cuando tú te fuiste...

Malvaloca. Sí; dió la considensia de que tú te viniste detrás de mí... ¡Me alegré yo poco de aqueyo!

Leonardo. ¿De veras te alegraste?

Malvaloca. ¡Uh! Y después me paré en una esquina, como que no sabía pa donde tirá..

Leonardo. Y yo me acerqué con pretexto de enseñarte el camino.

Malvaloca. Y er camino que tú y yo buscábamos estaba entre los dos. ¡Y dimos con él! ¿No, Leonardo?

Leonardo. ¡Para no abandonarlo nunca! ¿Verdad?

Malvaloca. ¡Verdá, ojos de mi cara! ¡Pero cómo dispone Dios las cosas! ¡Yevarme ayí á preguntá por el otro, pa que me encontrara con er que había de sé míol!

Leonardo. Con súbita tristeza. ¡Á preguntar por el otro!

Malvaloca. Sí; por el otro. ¡Pa encontrarte á ti! ¡No te vuervas siprés, que estabas mu bien de naranjo! ¡Si el otro se va ya pa siempre!

Leonardo. ¿Tú cómo lo sabes?

Malvaloca. Porque soy adivinadora.

Leonardo. ¿Te lo ha dicho él? ¿Os habéis despedido?

Malvaloca. Sí.

Leonardo. ¿Cuándo?

Malvaloca. Aquí; hase un momento; cuando tú lo dejaste. Se va. Dios lo proteja y buen aire yeve.

Leonardo. Se va, se va... Sí; se va... Pero ¿se irán de mi cabeza los pensamientos que él á todas horas despertaba?

Malvaloca. ¡Leonardo!

Leonardo. ¡Malvaloca, alma mía, si es que esto es más fuerte que mi voluntad!

Malvaloca. ¡Pa qué me habré yo acordao ahora!...

Leonardo. ¡Si es que este cariño de mi vida ha nacido con este tormento, que salta en el corazón como un dolor dormido, cuando más olvidado estoy de él!

Malvaloca. ¡Malhaya! Deja eso, Leonardo. ¿Quién tuviera podé pa arrancarte hasta las raíces de esas malas ideas!

Leonardo. Volverían á nacer. ¡Si mientras más te escucho, y te miro y te quiero, más dolor siento de la vergüenza de tu vida!

Malvaloca. Leonardo: esto no; esto no. Si mi cariño va á sé tu martirio pa siempre, yo me voy de tu lao.

Leonardo. ¡Eso nunca! ¡Eso sí que no!

Malvaloca. ¡Pos entonses, mátame!

Leonardo. ¡Menos que nada eso! Te quiero viva, al lado mío; consolándome, haciéndome reir, haciéndome llorar, sufriendo y gozando conmigo; mirando yo tus ojos, besando tu boca, enterrando entre tus cabellos mis manos .. Así te quiero, así.

Malvaloca. Leonardo que vas á la locura.

Leonardo. ¡No! ¡De la locura me libra un miedo!...

Malvaloca. ¿Cuá?

Leonardo. Mirándola muy fijamente con una ráfaga de demencia. Que loco tal vez podría no conocerte donde te viera.

Malvaloca. Ven aquí, loco, más que loco, ven aquí. Cármate, tranquilisa esa cabeza que te consume. Si yo te quiero á ti na más; si me has vuelto otra; si á mí me pesa más que á ti yevá señales en mi cuerpo... ¿Qué se me importaba á mí de eyas antes de conoserte? Poco

menos e na. Como quien se sacude la nieve me sacudía yo mis pesares. Pero te conosí, me hablaste como nadie, me enseñaste á queré, me sacó tu cariño lágrimas á los ojos... y en aqueyos cristalitos vi claro lo que era yo, lo que eras tú, lo que era mi vía de antes... Y soñé tené un consuelo á tu lao... y tus pensamientos me lo quitan. ¡Ó sepúrtalos bajo tierra, Leonardo, ó méteme bajo tierra á mí, y acabe pa siempre Marvaloca!

Leonardo. ¡Bajo tierra!... Como la campana fundida... La idea, la idea... La copla otra vez. Bajo tierra... ¡Ay, si eso no fuera un imposible!

Malvaloca. Caya. No nos atormentemos más.

Leonardo. Recreándose con exaltación dolorosa en su idea. ¡Labrar yo tu hermoso cuerpo en cera roja, con sangre de mi sangre, esconderlo en la tierra, echar al fuego en el crisol tus pedazos, purificarlos en la llama viva... y volcar en la tierra ese fuego, y sacarte de ella otra vez pura, limpia, otra, otra... ¡pero la misma! nueva, sin mancha, sin pasado, ¡pero igual!... con estos ojos, con esta boca, con esta alma grande y buena en la que se abrasa mi vida!

Malvaloca. Caya, caya... ¡Qué locura! ¡Qué sueño! Caya, caya... No yores...

Leonardo. Sí lloro, sí... ¿Por qué no llorar? ¡Sólo lo irremediable merece el llanto de los hombres!

Malvaloca. Caya, que siento gente...

Leonardo. No me importa.

Malvaloca. ¿Será que llega la procesión?

Leonardo. ¿La procesión?

Malvaloca. ¿Nos habrán visto desde la caye?

Leonardo. No sé... no me importa.

JUANELA, que se acerca, llama dentro á Leonardo.

Juanela. ¡Leonardo!

Malvaloca. ¡Tu hermana!

Leonardo. ¿Mi hermana?

Malvaloca. Sí. Sécate los ojos.

Leonardo. Tú también.

Por donde se fué, vuelve JUANELA, seguida de TERESONA, ALFONSA y LOBITO.

Juanela. Ya está la procesión en la esquina.

Leonardo. ¿Ya, verdad?

Teresona. Buenas tardes.

Malvaloca. Buenas tardes.

Teresona. Ya viene ahí er Señó.

Alfonsa. ¡Ya está ahí! ¡Ya está ahí! ¡Inacio, explícame tú toas las cozas!

Los cuatro se acercan á la ventana, apenas salen. Malvaloca y Leonardo se quedan aparte. Principian á oirse lejos, y poco á poco van percibiéndose más claramente, los acordes de la banda del pueblo, que viene detrás del Redentor. Alfonsa, con su admiración espontánea, comenta con Lobito el paso de la procesión.

Teresona. Á Malvaloca. ¿No se aserca usté?

Malvaloca. Estoy bien aquí; muchas gracias.

Lobito. La Cruz: mía la Cruz.

Alfonsa. ¡Ay, qué lujoza! ¿Es toa de plata?

Lobito. ¡Toa de plata! ¡Y masisa!

Alfonsa. ¡Azí va er que la yeva de zuando! ¡Ay, los niños!... ¡Mía qué graciosos van con zus velitas cogias con los pañuelos!

Lobito. Toa la escuela y toa la academia. Y er que no estrena corbata estrena sapatos.

Alfonsa. ¡Ay éze, vestio de angelito! ¡Místelo, tía! ¡Místelo, zeñorita, místelo! ¡Ay, qué preciozo va!

Teresona. Ya lo vemos, mujé, ya lo vemos. Mira y caya.

Alfonsa. ¡Ay, pero zi parecen de cristá laz alitas! Ay, ¿quién zerá zu madre? ¿Y ezos zeñores, quiénes zon?

Lobito. To lo más prinsipá der pueblo. Mía el arcarde.

Alfonsa. ¿Cuál es el arcarde?

Lobito. Aqué de la vara de plata.

Alfonsa. ¿Aqué de las patiyas?

Lobito. Aqué.

Juanela. El Señor.

Teresona. Er Señó.

Juanela. Las flores.

Teresona. Las flores.

Alfonsa. Las flores.

Lobito. Vi á desirle á Gonsález que lo pare aquí. Y luego me vi á esperarlo á la puerta e la iglesia. ¡Á pedirle lo que tú sabes!

Alfonsa. ¡Que ze lo pías bien!

Se va Lobito por la puerta del foro, hacia la izquierda. Juanela, Teresona y Alfonsa han ido á la mesa por las flores. Juanela mira bondadosamente á Malvaloca, que permanece algo cohibida, y en un impulso de honda piedad, cogiendo un manajo de flores, se acerca á ella y se las entrega con dulzura para que las arroje al paso del Señor.

Juanela. Tome usted también.

Malvaloca. Muchas gracias.

Las cuatro se agrupan á la ventana. Leonardo sigue aparte, mirándolas. De la calle llegan tenues ráfagas de oloroso incienso. El paso del Señor se ha detenido frente á la ventana. La banda ha dejado de sonar en tal instante. Las cuatro mujeres echan á Jesús todas las flores prevenidas. Luego oran en silencio. Malvaloca se retira de la ventana, y, arrodillada al pie de la mesa de las flores, llora y reza.

Teresona. Una mujé va á cantá una saeta.

Juanela. ¿Quién es?

Teresona. No la conozco.

Juanela. Y lleva una niña en los brazos.

Alfonsa. ¡Ah! ¡Es verdá! Parece una rozita.

Teresona. Caya.

La mujer canta dentro, con religiosa unción y voz aguda, la melancólica saeta.

Señó que ar mundo viniste
para remediá sus males,

ampara desde tu Cruz
la rosa de mis rosales.

Las cuatro mujeres, arrodilladas, se enjugan los ojos. La procesión vuelve á ponerse en marcha. La banda suena otra vez, y se aleja. Juanela, Teresona y Alfonsa se levantan. Malvaloca sigue de rodillas.

Alfonsa. ¡Cómo va er pazo! Es un ascua de oro.

Juanela. ¡Cuánta luz! ¡Cuántas flores!

Teresona. ¡Es mucho día este en Las Canteras! Va mos á subí á la asotea á verlo entrá en su casa.

Juanela. Sí que será digno de verse. Vamos.

Alfonsa. Vamos, vamos.

Se van las tres por la puerta del foro, hacia la derecha. Cuando Malvaloca ve que está sola con su compañero, se levanta, corre hacia él, y sollozando le esconde la cara en el pecho.

Leonardo. Acariaciándola conmovido. ¡Malvaloca!

Malvaloca. ¡Yo, contigo! ¡Ampárame tú á mí desde tu Cruz! ¡No me abandones nunca! ¡Cuando no me quieras, me matas! ¡Pero, mientras, contigo, contigo!

Leonardo. ¡Connigo, sí! ¡Eternamente desgraciados, pero eternamente dichosos! ¡Abrazados á este dolor, punzándonos las mismas espinas, pero siempre juntos!

Malvaloca. ¡Juntos, sí! ¡Contigo!

Leonardo. ¡Connigo!

Hiende los aires allá en lo alto, para recibir en su casa la imagen del que supo perdonar á la pecadora, la primera vibración de la «Golondrina», volteada en su torre por las trémulas manos de Martin el Ciego. Los dos amantes, estremecidos, se estrechan más.

Malvaloca. ¡La *Golondrina!*

Leonardo. ¡La *Golondrina!* ¡Óyela, óyela triunfadora! ¡Obra ha sido de mis afanes!

Malvaloca. ¡Tú la fundiste, tú! ¡Óyela, óyela!

Leonardo. ¡Canta el amor de todos! ¡Su voz tiene para mi corazón un oculto sentido! ¡Yo también fundiré tu vida al calor de mis besos, con el fuego de este loco amor, tan grande como tu desventura!

Malvaloca. ¡Contigo, contigo!...

La 'Golondrina', que comenzó á sonar con campanadas lentas y graves, repica ya en los aires alegre y resuelta, con vibraciones de victoria, diciéndoles á los campos y al pueblo que nace á nueva vida.

FIN DEL DRAMA

Fuenterrabia, Setiembre, 1911.

Madrid, Marzo, 1912.



**RARE BOOK
COLLECTION**

**THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL**

PQ6217
.T44
v.18
no.1-17

